



ELISEO GIBERGA

EL CENTENARIO DE CADIZ

Y

LA INTIMIDAD IBERO-AMERICANA

DISCURSOS

PRONUNCIADOS CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE LAS CORTES, CONSTITUCION Y
- - SITIO DE CADIZ, CELEBRADO EN 1912. - -

HABANA.

IMPRESION Y PAPELERIA DE RAMBLA, BOUZA Y C^a.
Calle de Pi y Margall, números 33 y 35

1912

ELISEO GIBERGA

EL CENTENARIO DE CADIZ

Y

LA INTIMIDAD IBERO-AMERICANA

DISCURSOS

PRONUNCIADOS CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE LAS CORTES, CONSTITUCION Y
- - SITIO DE CADIZ, CELEBRADO EN 1912. - -

HABANA

IMPRESION Y PAPELERIA DE RAMBLA, BOUZA Y Ca.
Calle de Pi y Margall, números 33 y 35
1913

DISCURSO PRONUNCIADO POR D. ELISEO GIBERGA, EN LA VELADA
QUE SE EFECTUÓ EN EL GRAN TEATRO DE CÁDIZ, LA NOCHE
DEL 3 DE OCTUBRE DE 1912:

SEÑORAS Y SEÑORES:

Es grato para el hombre, y causa de profundo e íntimo deleite, ver bullir en labios de otros las propias ideas y emociones: y como yo necesito de vuestra indulgencia, y a granjeármela podrán contribuir vuestras simpatías, para asegurarme más y más las que me habéis demostrado, y que no sé en verdad cómo agradeceros, trataré de expresar, siquiera sea en mal pergeñadas frases, pensamientos que sé que abrigáis, sentimientos que sé que agitan vuestros corazones.

Comenzaré, pues, mi discurso lamentando, con vosotros, la ausencia de S. M. el Rey de España, con cuya presencia contábamos, y que, con el esplendor de la Corona, hubiera aumentado el de las fiestas que ayer inauguramos. Duélenos que no se encuentre entre nosotros, por el triste motivo que lo aleja, y lo recluye, en aflicción y luto, en su hogar y entre los suyos; por la desgracia que llora la Familia Real, y con ella España entera, y con España cuantos la amamos, y sentimos como propias sus tristezas y sus alegrías, y todas las almas nobles, de suyo sensibles y piadosas. Duélenos también, por lo menos á los que ya cargamos muchos años, porque es siempre hermoso y halagüeño espectáculo el de la juventud: y nunca es tan interesante, cuando es viva, inteligente y esforzada, como en las supremas alturas que por lo común solo pisa la madurez. Y nos duele, en fin,— por lo menos me duele a mí— la ausencia del Rey de España, porque en él hubiera visto, no solo a su persona, sino a la personificación de una nación y de una historia, tan unidas a la Realeza, y con tanto arraigo en el pasado, que al contemplar entre nosotros al Monarca, hubiérame parecido contemplar, junto a él, a los siglos que fueron, compareciendo aquí vivos y erguidos, atentos a nuestras pa-

labras, animándonos y aplaudiéndonos en esta solemnidad consagrada a honrar la memoria de nuestros abuelos, y diciéndonos que la veneración de los antepasados es sana y provechosa enseñanza para las nuevas generaciones destinadas á labrar el porvenir.

A la par que la del Rey, he de lamentar también, para ser fiel intérprete vuestro, la ausencia de otro príncipe; del príncipe del ingenio que se llamó Justo Sierra. Representante de su Gobierno ante el de España, hace pocos días vivía la plácida y risueña vida de Madrid, donde habían aprendido a amarle y a respetarle, por sus merecimientos, cuantos tuvieron ocasión de conocerle. Político, literato, orador, gobernante, fué honor de México, y había volado su renombre más allá de las fronteras mexicanas. Designado para tomar parte en esta velada, ¡cuánto nos hubieran enseñado y deleitado sus palabras! ¡Cuánto hubiéramos aplaudido sus enseñanzas y sus primores!..... Nos lo arrebató la muerte; y son lágrimas, y no aplausos, la ofrenda que le dedicamos esta noche.....

Pero no debo detenerme en estas impresiones. Designado también para dirigiros la palabra, he de entrar ya en las consideraciones que me sugieren este acto y los hechos que en él conmemoramos; que aunque de ellos hayan hablado ya otros oradores, por mucho que se diga, por mucho que se repita, no se dirá cuanto merecen, por su grandeza moral, los hombres que los ejecutaron.

Corresponden aquellos hechos a un período histórico, el de la guerra de la Independencia española, tan glorioso en su conjunto y de tan gloriosos episodios, que, tanto como de la Historia, es digno de la Epopeya. Había quedado reducida España a este rincón en que nos encontramos. Reuniéronse en Cádiz las Cortes porque no había otro lugar seguro, relativamente seguro, en que pudieran reunirse; y aún aquí se vieron sitiadas y amenazadas. Ocupaban la Península los ejércitos del Caudillo, nunca vencido, que dominaba á Europa. La dinastía española había abdicado: el último Rey estaba en poder del invasor. Abandonado á sí mismo el pueblo español, sin dirección, sin organización, sin ejércitos, artera e improvisadamente sorprendido, ¿cómo establecer un Gobierno, y unificar y vigorizar la resistencia, y repeler la formidable invasión?

Comenzó la guerra el espontáneo arranque de los pueblos: formóse después una Junta Central: se instaló una Regencia: al fin se reunieron Cortes..... Pero, ¿habría hombres capaces de tomar sobre sí la temeraria empresa, de organizarla con acierto, de sostenerla con firmeza y perseverancia, de hacer de la desordenada explosión del sentimiento herido, la deliberada y ordenada preparación de la victoria? ¡Vaya si los hubo! Fueron los diputados de España y de América, y con ellos el pueblo gaditano, que los rodeaba, los alentaba y los sostenía, y que en los días del sitio supo salvar del enemigo a la ciudad y a las Cortes.

Los más de los diputados habían llevado hasta entonces obscura y tranquila vida en las provincias peninsulares o en las remotas colonias de América: llamados de repente a las más árdidas funciones y las más graves responsabilidades, ¡con cuánta entereza y cuánto brillo se improvisaron legisladores, consejeros, oradores, gobernantes, administradores! ¡Qué súbito florecimiento de un pueblo, sumido hasta entonces en hondísimo letargo!

Cádiz había sido tierra de mercaderes y navegantes; durante el sitio supieron ser los gaditanos heroicos soldados. Y como en los varones el temple del alma y el empuje del brazo, que siempre lo acompaña, del propio modo que en las mujeres la beldad, la gracia y la delicadeza, son las cualidades que más se precian y ensalzan, ganaron los gaditanos tanto renombre como el que siempre habían gozado sus hermanas.

Viene á mi mente en este instante un recuerdo de la antigüedad: ¿me permitiréis que en él me detenga en rápida digresión? La mayor fama que en los tiempos antiguos tuvo Cádiz fué tal vez la que le dieron sus danzas: y sus danzas fueron famosas por la gracia sin par y los hechizos de las mujeres que las bailaban. De ellas hacen mérito los clásicos: tales debieron ser, y tanto debieron hablar de ellas los hombres, que llegaron á los libros. Ejercieron las gaditanas avasalladora fascinación sobre la imaginación de los antiguos: y a Cádiz, más que a Citeres y a Gnido, peregrinaban los devotos de la divina madre del Amor.....

Exagerado nos parecería tanto encomio, si no conociésemos á las gaditanas de hoy; si no perdurase la fascinación..... Veo que todos volvéis los ojos á los palcos, cuyas hileras semejan sendas guirnaldas de flores, tendidas a ambos lados del

teatro..... No hay uno que no colmen hermosas damas; no hay un estuche sin joyas; y son tantas que parece que van a salirse, rebosando, de los estuches. ¡Son, en verdad, el mayor encanto—y también el mayor prestigio—de esta fiesta!.....

Pero vuelvo a tomar el hilo de mi discurso para observar cuánta fué la trascendencia de la empresa guerrera que acometió España—y que las Cortes de Cádiz sostuvieron y dirigieron—al resistir a la invasión napoleónica. En ella cumplió España uno de los altos ministerios históricos que en diferentes edades hubo de desempeñar. Como en la Edad Media, y desde sus primeros siglos, cúpole la misión de salvar la civilización europea, conteniendo las acometidas del Islam, y en los comienzos de la Edad Moderna la de ensanchar el planeta, ya estrecho para la vida más intensa y progresiva que a la sazón alboreaba, y la de comenzar en un nuevo mundo la difusión de la civilización europea; en los comienzos de la Edad Contemporánea tocóle en suerte iniciar la resistencia contra el despotismo napoleónico, como consecuencia de la cual pudieron, en el andar del tiempo, despertar las nacionalidades, y extenderse la libertad política, y surgir una nueva Europa, que en la libertad y en las nacionalidades se ha fundado. ¿Cómo no hemos de sentirnos en Cádiz dominados por profunda emoción, los que profesamos como sagrada doctrina la de las nacionalidades, y consideramos la libertad como inestimable bien y condición esencial de todo bienestar y todo progreso?

La libertad política, aún más, la completa renovación social y política de España y de todo el Imperio fué otro de los empeños de los legisladores de Cádiz. Yacía España en lastimosa decadencia, en un régimen que la oprimía, la empobrecía y la corrompía; pero que tenía hondas raíces, como todo lo que ha durado mucho, y numerosos, decididos e interesados defensores. El intento renovador debía suscitar divisiones; ¿no debilitaría la resistencia al invasor? ¿no era ésta sobrado difícil para empeñarse en otra empresa? ¿era ocasión propicia para una revolución la de una guerra contra el extranjero?

Nada detuvo a los legisladores de Cádiz. Vieron la dificultad; pero no les arredró. Fué tan lúcido y certero su juicio, como generoso su intento y esforzado su ánimo; e hicieron a la vez la guerra y la revolución.

No he de examinar la Constitución de 1812 ni las otras obras políticas de las Cortes de Cádiz: todos las conocéis, y bastará que recuerde—ya que más no me permite el tiempo de que dispongo—que de aquellas Cortes deriva toda la vida de España hasta nuestros días: que ellas fueron la fuente del actual orden social y político; y que la Constitución de 1812 llegó a ser, no solo para España, sino para otros pueblos, en aquellos años, símbolo de la libertad, enseña que enarbolaban los que por la libertad combatían...

Y a propósito de la guerra, sólo haré mérito de una de sus circunstancias, de todo punto interesante y digna de recordación. En ella, y por razón de ella, se estableció la inteligencia y amistad, la cooperación en los campos de batalla, de dos pueblos, pertenecientes a dos razas igualmente ilustres, cuyos mayores contactos habían sido hasta entonces los de la guerra. Cuando el genio de Colón y el arrojo de los marinos de Palos dieron a España un mundo, lanzáronse otros pueblos, sobre todo y con mayor brío y tenacidad, el inglés, a disputarle el predominio de los mares y la posesión de tierras americanas. Como resultado de aquellas luchas había quedado fijada la parte de cada una en el nuevo Continente: como la tierra es grande, y en la tierra es grande América, en ella hubo lugar para todos. Terminada la competencia, planteados nuevos problemas en nuevas situaciones políticas, pelearon juntos el hispano y el britano contra el Capitán del siglo; y pudo ser General en Jefe de los Ejércitos españoles el que los ingleses llaman Lord Wellington y los españoles Duque de Ciudad Rodrigo: título con que premiaron sus gestas las Cortes de Cádiz.

Llamadas en América a franca intimidad y cooperación las dos razas, que juntas y casi solas la poseen; entabladas en Europa amistosas relaciones entre las antiguas rivales; sin intereses opuestos que puedan suscitar nuevas discordias: ¿no os será grato a todos, a los americanos como a los españoles, recordar que en Europa aumentó y selló recientemente la amistad de hispanos y britanos el dichoso enlace que llevó al trono de San Fernando, junto al jóven y animoso Monarca que lo ocupa, a la excelsa dama de quien se ha dicho justamente que es la más hermosa de las reinas, y bien pudiera decirse también que es una de las más nobles y dicretas entre las mujeres? ;Bello símbolo de fraternidad de dos razas!

Pero la ocasión reclama, y aun impone como deber, que me detenga en uno, el más interesante acaso, de los problemas de que se ocuparon, en la Constitución y en las leyes, las Cortes de Cádiz: el problema colonial.

Era España soberana, entre otras tierras, de la mayor parte de América. Hasta entonces, bajo la Monarquía absoluta, España y América habían sido gobernadas por el Rey, sólo por el Rey, auxiliado por sus Ministros y sus Consejos. Al establecerse en España un régimen representativo liberal, ¿cómo serían gobernadas las colonias?

No era entonces conocida, y tardó algunos años en producirse, la fórmula de la libertad colonial: la autonomía; y con razón ha dicho el señor Labra que para juzgar los regímenes e instituciones de otros tiempos no deben aplicarse los criterios de hoy. A la luz de éstos, pudo ser un error político el régimen adoptado por los legisladores de Cádiz. Pero, sea como fuere, es lo cierto que en la historia de las ideas políticas no se conoce, y de seguro no se verá otra vez, caso tan singular y estupendo como el que entonces se dió.

Era España la Metrópoli de un imperio fundado por ella: dueña de colonias que cubrían, casi entero, un Continente..... Y en el régimen que estatuyeron las Cortes de Cádiz fueron llamadas las Colonias, no a participar cada una en su gobierno interior, sino a participar en el de todo el Imperio, en tales condiciones que, dada la respectiva población de la Metrópoli y de las Colonias, y considerando los aumentos que había de tener, fuera de toda proporción entre éstas y aquélla, si hubiese perdurado aquel régimen habría constituido una completa abdicación de la Metrópoli a favor de las Colonias.

Ni en este momento, ni en este lugar, cabría discutir aquel régimen: pero si fué un error, y ya que otros, de muy distinto carácter, cometió después España en su política colonial, ¿cuán magnánimo error aquél! ¡A cuán noble sentimiento, a qué hermosa inspiración ideal obedeció!

Los americanos participaron, pues, en el gobierno, en el de América y en el de España. Formaron parte de las Cortes y de la Regencia; a todos sus trabajos concurrieron. ¿A qué citar nombres, si están en la memoria de todos? Sólo como tributo de veneración a aquellos que en Cuba nacieron y que a Cuba honran, mencionaré á Jáuregui y a O'Gaban. ¿No encontraréis justificada la excepción? A ella me ha inducido el

amor a la patria, que, presente o ausente, arde siempre en mi corazón!

Todo, todo: lo que fué alteza de pensamiento, lo que fué fortaleza de ánimo, lo que fué ardor patriótico, los actos políticos y la organización militar, la Constitución y las leyes: todo fué obra común de españoles y americanos. En los debates, en los trabajos, en las penalidades y los peligros, en afrontar la epidemia y resistir á los sitiadores, en las angustias y los dolores, como en las esperanzas y las alegrías: en todo tuvieron parte los americanos. Y de ello dan tan solemne como melancólico testimonio tumbas de ilustres diputados de América que guarda piadosamente esta ciudad, a quien ha llamado sagrada un insigne propagandista, y que, por guardadora de aquellas tumbas, aún me parece más sagrada.

Ellas revelan cuán efectiva fué entonces la cordialidad de afectos, la estrecha hermandad,— pues la hubo en todos los órdenes, incluso el político,— de todos los hijos de España, los de Europa y los de América. Nuestra es, tanto como vuestra, la historia de aquellos días: No ya en el sentido en que es historia nuestra toda la historia de España durante el período colonial: no; es también historia nuestra la de España en aquellos tiempos, porque fué obra de los americanos á la par que de los peninsulares. Tan nuestra es, que si España hubiese pretendido festejar sola, como cosa exclusivamente suya, el Centenario de Cádiz, habría cometido una usurpación, al arrogarse como propio lo que es también de otros; y los americanos hubiéramos reivindicado la parte que nos corresponde en la obra común. Pudo América separarse del viejo hogar español; pudo romper los antiguos vínculos políticos; pudo ansiar y alcanzar su independencia, y hoy la goza satisfecha y orgullosa; pero no renunció a su historia, ni a los gloriosos timbres familiares. Estamos en Cádiz por derecho propio.

Y observad, con motivo de la política americana de las Cortes de Cádiz y de la cooperación de los americanos a la labor de las mismas, observad de qué suerte se ha confirmado una vez más la ley biológica,—que lo mismo que en otros órdenes rige en el moral y el político,—según la cual, del propio modo que no hay semillas que, puestas en los surcos, no den frutos, no hay acción, individual o colectiva, que no produzca sus naturales efectos, siquiera,—por el incompleto conocimiento de las cosas, propio de la condición humana,—sean a veces

inesperados é imprevistos. Podrán tardar los frutos en los campos, y los efectos en la vida; pero al fin y al cabo, siempre llegan.

Hoy recogemos el fruto, hoy se cumple el efecto de la obra que hace un siglo ejecutaron nuestros abuelos. No lo produjo entonces, porque la política colonial de los legisladores de Cádiz, no llegó a desenvolverse. El Continente americano se emancipó; en las islas se aplicó una política muy distinta de aquella. Pero hoy, y separadas también las islas de la comunidad política española, el principio de igualdad y de verdadera y completa fraternidad proclamado en Cádiz y el recuerdo de la común participación de americanos y españoles en la labor común, reúnen en Cádiz al cabo de un siglo á los españoles y á los americanos; y se establece con el concurso de todos, en defecto de la comunión política,—que no podía ser eterna,—la hermandad espiritual, que esa sí, podrá durar y durará.

Dice un viejo refrán que por todas partes se va a Roma. Hoy podemos decir también que por todas partes se va a Cádiz. Los del Norte y los del Sur, desde el Pacífico, desde el Atlántico, desde el Caribe y el seno Mexicano, por las más distintas vías, hemos llegado los representantes de todos los pueblos hispanos. Y acude a mi magín otro refrán: que los refranes se parecen á las cerezas en que nunca van solos y se siguen unos a otros,—dígalos, si no, el buen Sancho,—y al citar uno salta en seguida otro. Dice, pues, otro refrán que preguntando se va a Roma. Pero éste no es aplicable a Cádiz, a donde llegamos sin necesidad de preguntar, porque a grandes voces nos llamaba, y nos mostraba la ruta, la Madre España.

¡Extraordinario e interesante espectáculo! Hace años años congregó Inglaterra, en solemne ocasión, a sus colonias: reuniéronse hombres de todas las razas humanas y todas las partes del mundo, sometidos a una misma autoridad soberana. Fué una glorificación del genio y de la fuerza aquel brillante alarde.... Hoy recibe, festeja y agasaja España a los hijos de sus hijos, ya independientes; y si estas fiestas no son un alarde de fuerza, ¡no es también excelso genio, un genio juntamente iniciador, constructor y conservador, el que revelan los pueblos aquí reunidos, todos soberanos, y nacidos de una misma sangre y un mismo espíritu?

Y es tanto más interesante el espectáculo de estos días en cuanto nuestra reunión no ha sido solo una fiesta, una conne-

moración, una solemnidad... La determinó un impulso puramente sentimental; no le precedieron proyectos y conciertos de gabinetes: no se pensó más que en una conmemoración de hechos pasados. Pero tales han sido la unanimidad y el calor con que fué acogido en América el llamamiento de España; tal la impresión que todos recibimos al reunirnos, y el ambiente moral que se ha producido, como un effluvio que de nosotros emanase, que el testimonio que quisimos dar de nuestros afectos, ha resultado, además, sin que en ello hubiésemos pensado, un acto de presencia y de voluntad ante los horizontes del porvenir. Y por lo uno y por lo otro; por lo que todos pensamos y por lo que nadie pensó, ha sido la de la intimidad ibero-americana la nota más resonante del Centenario.

¡Cuánto habría que decir de ella, si lo permitiese el carácter de esta velada, y si hablase en esta tribuna un estadista! Pero yo sólo diré, desde mi punto de vista americano, que la intimidad espiritual entre nuestros Estados y España,—lo cual es decir también entre nuestros Estados, considerados con abstracción de España, ya que unas y otras relaciones están comprendidas en aquel concepto,—ha de ser tan beneficiosa, y tiene tanto interés para América como para España.

Tiene nuestra América peculiares condiciones en que no suelen fijar su atención los otros pueblos, y que tal vez no siempre consideran, con toda la que merecen, los mismos americanos, y que hacen realmente de ella un nuevo mundo en todos los sentidos de la palabra, y no solo en el geográfico. Y atendiendo a esas condiciones diré que en mi opinión los Estados americanos de raza ibérica, o algunos de ellos, necesitan consolidarse y robustecerse para asegurar los grandes destinos a que los creo llamados; que para ello necesitan fuertes vínculos de cohesión social; y que uno de ellos, el más fuerte acaso, ha de ser la estrecha intimidad en que vivan entre sí y con la patria de origen. Me explicaré.

Es una nuestra América, y de ella se habla como de una unidad real y esencial. Pero, ¿en qué consiste esa unidad? Más son los elementos que tienden a separar los pueblos ibero-americanos, que los que tienden a unirlos, como que hay entre ellos profundas diferencias, en el orden natural, en el de la política, en el de la economía social....

Ocupan tantos y tan variados territorios, como los que se extienden desde muy adentro del hemisferio septentrional has-

ta los últimos confines, casi cercanos al polo, del meridional. Alzanse en esas tierras empinadísimas cimas, siempre coronadas de nieve, que se cuentan entre las más altas del globo; y encierran llanuras tan grandes como los mayores desiertos y las más vastas estepas. Llenan los trópicos y se dilatan fuera de ellos. Tienen todos los climas y la consiguiente variedad de condiciones naturales y sociales. Podrían tener, pero no tienen, todas las producciones; y la índole de sus producciones contribuye a separar algunos de aquellos pueblos por la falta de conexiones mercantiles y de las que siguen siempre al tráfico, y los pone, en cambio, en frecuentes y estrechas relaciones, ya con el enorme mercado de los Estados Unidos del Norte, ya con grandes mercados europeos.

Han tenido, por otra parte, las naciones americanas de nuestra raza, ya bajo el régimen colonial, ya después de la emancipación, distinto desenvolvimiento, por cuya virtud se han creado en cada una de ellas peculiares condiciones sociales y políticas, intereses y necesidades, situaciones, en lo exterior y en lo interior, que reclaman diversas actuaciones y han determinado varias orientaciones en los pensamientos y en la vida. Ni la emancipación ocurrió en aquellos pueblos en igualdad de circunstancias, ni por las mismas causas,—hablo de las inmediatas y determinantes,—ni bajo la acción de las mismas ideas y los mismos elementos, ni por idénticos procesos: y esas diferencias han influido y seguirán influyendo en la constitución social, en el régimen político y en las relaciones de unos pueblos con otros.

Diferencia también profundamente a las naciones de América la composición étnica de las respectivas poblaciones. Siempre hablamos de la América española; pero no son oriundos de España todos sus habitantes. Es el espíritu español el que predomina y contribuye más a dar carácter a aquellas sociedades: pero con la española conviven otras razas, y no, como en la América del Norte, en una mera yuxta-posición, y siendo de hecho una sola la rectora y usufructuaria del Estado, sino en continuos contactos, y concurriendo todas a la acción política. ¡Qué urdimbre tan enmarañada la de la población de nuestra América! ¡Cuán diversa de la de Europa! ¡Y cuán distintos,—dicho sea de paso,—han de ser los criterios con que se juzguen los fenómenos sociales y políticos de uno y otro continente!

En Europa todas las razas—, las que llamamos con este nombre y que tal vez debieran llamarse subrazas, atendiendo a su común origen,—proceden de un solo tronco étnico primitivo. A poblar a América han concurrido todas las primitivas razas humanas. Si es cierto, como parece establecido, que proceden del Asia los indios americanos, bien puede decirse que en el nuevo continente se dieron cita para poblarlo todas las partes del antiguo: Europa, Asia y Africa. De ahí derivan arduos problemas, que hemos de resolver y resolveremos los americanos: pero en cada Estado son distintos, porque lo es en cada uno la composición étnica de la población. Vista en conjunto, ¡cuántos y cuán varios tipos humanos! Porque de los cruzamientos han resultado, según hayan sido, tipos derivados, que exceden en número a los de origen. Dato que tal vez explicará a los que no conocen a América, algunos de los fenómenos sociales y políticos que les sorprenden y algunas de las diferencias que median entre unas y otras Repúblicas.

Está, pues, nuestra América, en cuanto a la población, en situación parecida a la que ofrecía Europa en la antigüedad, antes de que, tras sucesivas invasiones y cruzamientos, brotasen las civilizaciones clásicas, y en época más reciente y conocida, en la Edad Media, antes de que se hubiesen fundido en el seno de nuevos Estados y constituyendo nuevos pueblos los antiguos pobladores del mundo romano y los primeros invasores bárbaros y los que en pos de ellos fueron llegando; los vencedores y los vencidos; los conquistadores y los dominados; los que fueron aliados y los que fueron enemigos, obligados a convivir y a mezclarse y unificarse en la paz después de terminadas las invasiones.... Pero en América—ya lo indiqué—son mayores las diferencias entre las razas de lo que fueron en Europa en aquel revuelto período, porque no proceden de un solo tronco primitivo....

En cuanto al territorio, si considerada su población está nuestra América en un período de formación social que atravesó Europa hace siglos, en cuanto al territorio, digo, puede compararse su actual estado a otro período aún más remoto: al prehistórico. Es interesante el dato, y constituye un gran obstáculo, no sólo para la intimidad, sino para la mera relación entre algunos de los Estados americanos de nuestra raza.

Virgenes todavía enormes porciones del suelo americano, no conocen al hombre; y a su paso ofrece la exuberante, pletó-

rica vegetación de las selvas tropicales mayor dificultad que a las primeras emigraciones conocidas por la Historia las selvas asiáticas y europeas. Hay naciones colindantes que tienen entre sí menores comunicaciones que las que tuvieron con los gaditanos los fenicios. Las hay en que la autoridad del Estado no alcanza, en realidad, a todo el territorio. ¡Qué diferencia en las ideas, en el carácter, en las costumbres, en los modos de vida, no ya entre los hombres de distintas razas, sino entre los habitantes de las grandes ciudades y de las costas, en constante relación con el mundo entero, y los de las apartadas y ariscas soledades de la selva y la montaña!

Si me propusiese describir en su integridad la vida de la América latina, y si no fuese innecesario a mi objeto, os haría observar, en ese punto, un notable contraste. La tierra recuerda, en algunas regiones, los tiempos prehistóricos; en cuanto a ella podría decirse que median siglos entre América y Europa. Pues lo propio podría decirse también, pero en otro sentido, de una y otra sociedad, porque tiene la americana caracteres que sólo en un porvenir muy distante alcanzará la europea. No hay allí verdadera distinción de clases; no hay aristocracia con influencia política o con superioridad social; no hay tradiciones o hábitos que dificulten al hombre salir del lugar que le hubiese asignado su nacimiento; a todos están abiertos todos los caminos y todas las posiciones y ocupa cada uno la que le conquistan sus méritos y sus esfuerzos, y no hay límites que detengan las aspiraciones....

No hago más que recoger incidentalmente este dato, por lo interesante que es el contraste que revela. En un punto, más adelante, mucho más adelante América que Europa; en otros mucho más atrás.... Y vuelvo a las diferencias que existen entre los pueblos iberoamericanos.

Ni siquiera en el orden político hay entre ellos igualdad. Sólo la hay en la apariencia; pero bajo esa apariencia y dentro de la forma republicana común a todos, ¡qué variedad, qué contrastes! Omitiré, por brevedad, toda referencia a las varias condiciones que determina en el orden político, y ya en el régimen interior, ya en las relaciones internacionales, la varia proporción en que está repartido entre aquéllos el suelo americano. Ni recordaré que hay entre ellos quienes nadan en la abundancia, entre goces y esplendores, y cuya próspera situación económica influye favorablemente en la política, y otros

que viven lánguidamente, convirtiendo la política en botín..... Me concretaré a las diferencias que tienen más directa relación con el Gobierno.

Hay en nuestra América regímenes federales, de autonomías locales superiores a la de los Estados de la Gran Unión del Norte, y regímenes unitarios de vigorosa centralización. Ora posee el poder una clase social avezada a las artes del Gobierno, y cuya superioridad reconocen todos; ora lo confieren a sus elegidos muchedumbres apasionadas y poco expertas. Hay Estados cuyo gobierno ofrece muchos de los caracteres del parlamentarismo; otros tienen gobiernos presidenciales, bajo los cuales no siempre, ni en todas partes, ha florecido la libertad. Unos han llegado a darse política bien definida, ideales que persiguen con resolución y constancia, y ya poseen tradiciones de gobierno y de relación internacional; en otros la nación, dormida o distraída, no ha dado todavía orientación al Estado....

Por fortuna, entre tanta variedad actúa un elemento de unificación y cohesión, que es fuerte y enérgico vínculo social; y de ahí la importancia que para los pueblos que de España descienden tiene el hispanismo, es decir, la intimidad hispano-americana. Es el vínculo que constituyen el espíritu común a todos ellos, que en cada Estado tiende a unir a los elementos disímiles no fundidos todavía en un tipo único definitivo: la lengua común, la que forjó España, pero a cuya riqueza y esplendor ha contribuído América, ya aportándole la masa popular nuevos vocablos, expresivos de nuevas cosas, ideas ó necesidades, o restituyéndole palabras que en España se olvidaran o eran sólo moribundos arcaísmos, ya cultivándola y puliéndola y embelleciéndola los poetas y los escritores con la supremía elegancia y gallardía que hemos admirado esta noche en brillantes discursos, (1) y con joyas literarias como las que ha recordado en el suyo el señor Icaza; el culto de los mismos antepasados; la memoria de la historia común, de los grandes hechos y las amables tradiciones..... todo lo que forma, en fin, el caudal espiritual de una raza, lo que le dá personalidad, lo que más la exalta a los ojos de los demás, y por cuya virtud, en medio de las diversidades que produce la continua evolución en la variedad de los medios y circunstancias, se sienten

(1) Alusión a los discursos leídos por los Sres. Figueroa Alcorta e Icaza, Embajadores Extraordinarios de la República Argentina y de Méjico.

unidos en espíritu los que juntos lo poseen y lo aman y por diversas tierras lo esparcieron y lo conservan....

Empeño espiritual ha de ser, en efecto, la intimidad iberoamericana. Pero no por esto mengua su importancia; y aunque no sea más que uno de los elementos que integran el problema total americano,— que es un problema mundial,— para apreciar su trascendencia basta imaginar cómo cambiarían las relaciones de los pueblos hispanoamericanos entre sí y con los demás, y su posición y su representación, si perdiesen su actual comunidad espiritual, y roto el vínculo que en espíritu los enlaza, llegasen con el tiempo a ser extraños entre sí, y viviesen y procediesen en todo como extraños. América y el mundo serían otros; y otra la historia de las edades venideras; que no en balde se dispersaría tan enorme masa humana!

Otro de los aspectos del problema americano es el político; a él es ajena, cual yo la concibo, la intimidad iberoamericana. Fuera de la política ha de estar y por encima de ella; y esto es precisamente lo que la hace más preciosa, porque ha de darle mayor eficacia. Por este carácter suyo encaja en la realidad, y por consiguiente es viable, y podrá durar y dar fruto; por este carácter suyo estamos aquí juntos, y espontáneamente vinimos, por natural impulso y sin previo concierto, los americanos de todas las repúblicas.

Son tan variadas las circunstancias de los pueblos ibéricos, empezando por la diversidad de los dos medios en que viven, el europeo y el americano, que aquella variedad, por sí sola, excluye la posibilidad de una política común. En todas las esferas a que se extiende la política, cada uno de los Estados de nuestra raza ha de darse, como soberano, su política propia, la que responda a sus intereses, a sus necesidades y a todas sus circunstancias, y que ha de depender, entre otros datos, de la posición geográfica, que impone relaciones naturales con otros Estados, de los antecedentes históricos y de las situaciones que de ellos hayan surgido, de las producciones de cada pueblo y de los mercados en que las coloque, de aquéllos en que se surta, de las conexiones que por estas ú otras causas tenga y le importe mantener con otras naciones, cual las múltiples conexiones que sostienen, por ejemplo, algunos Estados hispanoamericanos con la gran república del Norte, y otros, en tales ó cuales esferas, con algunas naciones europeas....

Implica la soberanía fines propios y vida propia, que requieren medios propios, y por consiguiente política propia. ¿Podrían dejar de tenerla Estados independientes y soberanos, cuando la tienen, sin serlo, las grandes comunidades autónomas que viven bajo la soberanía de Inglaterra? Cada una de ellas se ha formado y sigue una política suya, aun en puntos que no afectan sólo al orden interior, sino que trascienden al exterior; y tienen política propia en lo social, en lo gubernativo, en lo mercantil, en lo fiscal; hasta tienen política militar y naval; y no siempre coinciden, antes bien son en muchos puntos divergentes, las de unas y otras colonias, y ni siquiera se ajustan siempre a la de la metrópoli.

Pero la política no es más que una de las varias actividades humanas; una parte, y no la mayor, de la vida. ¡Cuán grande el campo que fuera de la política queda abierto á la acción de los hombres y de los pueblos! Ese ha de ser, ese, el inmenso campo en que se ejercite y coseche el movimiento iberoamericano. A todo lo que en él cabe puede extenderse; y cuanto más extensas sean las relaciones que produzca, mayor será su eficacia y más se estrecharán los lazos entre los pueblos hermanos. ¡Si hasta entre los pueblos extraños, ora abarcando las masas de la población, ora ciñéndose en su origen a determinados elementos, de los cuales a la larga trascienden a otros, crean a veces vínculos de afectos la multiplicidad, la frecuencia, la intensidad de relaciones, ya sean mercantiles o financieras, o culturales, o sociales, o cualesquiera otras!..... Fomentarlas entre los pueblos hermanos sería tarea digna de los gobiernos, de la prensa, de las colectividades y los hombres que influyen en la opinión.

Fuera impropio de esta ocasión entrar en detalles, elaborar un programa, detenernos á recorrer por todos sus rumbos y en todos sus linderos nuestro campo. Pero no será impropio, no, antes bien invita a ello el carácter de estas fiestas, levantar el espíritu a la altura del ideal, y al sentirnos hermanos, y proclamar nuestra hermandad y asociar nuestros pensamientos, considerar los deberes que nos imponen la representación que tenemos en el mundo, por nuestra historia, por nuestra población, por el territorio que ocupamos, y la fuerza moral consiguiente a nuestra unidad espiritual.

La humanidad actual está preparando—y a América ha de corresponder parte muy principal de esa labor—una nueva

civilización, más comprensiva, cabal y perfecta, que responda a la vez a todas las tendencias y todas las necesidades del espíritu humano, nunca hasta ahora cumplidamente atendidas y satisfechas en las sucesivas edades históricas, y que descanse en un estado social y político mejor que el actual; y nuestra raza, que a la síntesis que espera ansioso el mundo ha de aportar valiosa contribución—sin la cual no podrían construirla por sí solas otras razas—, está precisamente en la más favorable condición para la empresa; en condiciones más favorables que otras.

Compuestas de pueblos dispersos que aspiran a incorporarse a otros pueblos hermanos para formar juntos mayores comunidades políticas nacionales, más que el problema humano de la civilización solicita a otras razas y las embarga un problema político, el de la raza, en el cual han de emplear sus mayores esfuerzos, y que tal vez para algunas sólo podrá resolver completamente la fuerza. Nuestro caso es distinto, y para nosotros no hay problema de raza. No ha de trabajar la nuestra por una reconstrucción política; no ha de buscar desquites, ni aspira a cambiar sus actuales condiciones, ni necesita conquistar territorios en los campos de batalla o en las anchuras del mar..... De donde resulta que otros fines ha de tener, y ha de emplear otros medios, y perseguir otros éxitos y otras grandezas la intimidad iberoamericana, que no supone ni oposición, ni alejamiento, ni desvío respecto de los demás, ni otro propósito que el del amor entre los pueblos hermanos y el de la paz con todas las naciones de la tierra.

Pero ¡que no nos detenga, por Dios; que no nos enerve el pesimismo, que tanto se ha extendido en nuestra raza, y que contrasta con el sano y robusto optimismo de otras! Tuvo la nuestra, en su larga vida, sublimes temeridades, de esas que a veces premia la Fortuna con estupendos e inverosímiles éxitos; una de ellas conmemoramos esta noche. Pareció demencia, y fué triunfo y fué gloria..... Pero en algunos de nuestros pueblos—afortunadamente no en todos—, está hoy encogida la raza, desconfiada, tímida y hasta medrosa, dudando de sí, perdido todo afán de emulación, como si se creyese inepta para lo que otros hacen fácilmente, y antes que a la acción, ¡ella que tanto ha hecho! inclinada á la inercia y la renuncia.

Recuerden, los que se sientan desfallecer, a los próceres de Cádiz, cuya obra puede resumirse en una palabra: energía. Y no olvidemos que no formamos sólo veinte naciones, sino algo

más, una raza; y que el concepto de raza supone la comunidad espiritual de sus miembros.... Si acertamos a recobrar y conservar la vieja energía, que en Cádiz resplandeció; si cuidamos de mantener la comunidad, que también en Cádiz ha resplandecido hoy, cuando en los tiempos futuros cada uno de los siglos que llegue llame a cada una de las razas humanas a realizar las obras civilizadoras que en el curso de sus años deban estarle reservadas, así como en un campamento al grito de “¡centinela alerta!”, son muchas las voces que responden, una tras otra, “¡alerta está!”, al llamamiento de cada siglo serán veinte en nuestra raza las voces que respondan: “¡estamos prontos!”, y veinte pueblos enarbolarán sus banderas, en las cuales se mezclan, en alegre y vistosa profusión, todos los colores del iris, y seguirán adelante, siempre adelante....

Mantengamos, pues, unidas nuestras banderas!

He dicho.

DISCURSO PRONUNCIADO POR D. ELISEO GIBERGA, EN LA RECEPCIÓN
QUE EN SU HONOR CELEBRÓ LA "CASA DE AMÉRICA", DE
BARCELONA, LA NOCHE DEL 24 DE OCTUBRE DE 1912.

SEÑORAS Y SEÑORES:

En nombre de Cuba agradezco al señor Rahola el saludo que acaba de dirigirme. Por gratas que puedan ser las muestras de simpatía que se reciban de otros hombres, más gratas son todavía las que se dirigen a la patria que lleva uno en el corazón: y pienso gozoso que las vuestras van dirigidas á Cuba más que a mi persona, pues ¿cómo pudiera yo crearme digno de las demostraciones que me habéis hecho esta noche? Sí: más que a mi persona queréis honrar a la tierra en que nací: yo no las merezco: Cuba sí, lo merece todo.

Benjamín de la familia española, la ha llamado con frase feliz mi ilustre amigo el señor Rahola: ha dicho bien. El Benjamín es el hijo que más suelen amar los padres; pero también, al verse tan bien querido, suele recompensarles agradecido sus cariños con las más vivas ternuras.

Honda emoción me han causado las palabras en que el señor Rahola me ha recordado otros tiempos que aquí pasé. Es un mundo de recuerdos para mí, esta amada ciudad de Barcelona. Viví en ella algunos años de los más hermosos de la vida. Aquí, en esta Universidad, me iniciaron en las ciencias que profeso doctos maestros: eran todos catalanes. Aquí comencé la práctica profesional, guiado por la experta y amorosa mano del hombre insigne cuya memoria ha evocado el señor Rahola y guarda siempre mi mente: sabio entre los más sabios: bueno entre los mejores: don Manuel Durán y Bas. Aquí gocé muchas alegrías, en la risueña edad en que no se conocen tristezas. Aquí tengo deudos muy queridos: aquí conservo amigos que no me olvidaron y que no olvidé. Aquí nació, en fin, el hombre de quien recibí la vida, de tan noble corazón y tan alto entendimiento, tan amante de su patria y tan amante también de la remota isla

en que tuvo su hogar, que de él aprendí juntamente a amar la tierra en que nací y la tierra en que él nació.

Todos estos recuerdos que me sacuden y conmueven, hacen más grata para mí esta noche. Pero aun sin ellos ¡cuánto lo sería! Con mis compatriotas de América—, y hablo de todos los americanos—, me reciben y me obsequian hijos de Cataluña. Miro a unos: miro a otros: y me siento siempre entre los míos....

Pero no debo dejar que corran libremente mis memorias y mis afectos. Y voy a hablaros, ya que lo deseáis, del asunto que tanto interés ha despertado en estas últimas semanas y al que ha dado valor de actualidad el Centenario de las Cortes de Cádiz: de las relaciones entre España y sus antiguas colonias de América. Viniendo de Cádiz, no sabría hablar de otra cosa: y con la posible brevedad y en sencillas frases os comunicaré algunas de las ideas que llenan mi pensamiento.

Espero, ante todo, que las fiestas de Cádiz, que han congregado en la Madre Patria al Gobierno español, á los representantes de ambas Cámaras, a importantes Corporaciones, y a tantos hombres de los más eminentes en las ciencias, las artes, las industrias, el comercio y la política, y a los representantes de toda la América española, todos unidos y confundidos en la más afectuosa cordialidad, han de marcar un punto culminante en el proceso de las relaciones entre los pueblos de nuestra raza:— y hablo de raza en el sentido sociológico de la palabra, que comprende a las grandes agrupaciones humanas identificadas por una común historia y un espíritu común.—Y creo que es un movimiento fecundo, que ha de ser igualmente beneficioso para España y para América, el que se ha designado acertadamente con el nombre de intimidad iberoamericana.

Pero cuidado, señores; importa que al llegar este momento, en que parece plantearse de un modo definitivo tan interesante problema, tengamos bien en cuenta los términos en que deba quedar planteado y los fines a que debemos dirigirnos. De ello dependerán en gran parte los resultados.

Cuando se separó de España el Continente americano, pasaron largas décadas sin que nadie, ni aquende ni allende, se preocupase de las relaciones entre la antigua Metrópoli y sus colonias emancipadas. Los desvíos y las pasiones que debió producir la guerra, cuyo término fué la separación, y acaso también la constante preocupación de España y de las nuevas Naciones para llegar a constituir un nuevo orden político, sólidamente asentado y que diese base firme y definitiva a la vida de

cada pueblo, y las luchas en que se vieron envueltos casi todos, hicieron que allí como aquí viviésemos en cierto modo al día, a la buena de Dios, sin ocuparnos en entablar otras relaciones que las que espontáneamente se produjeron, ni en regular las que se entablaron; pero ya es hora de que a ellas presida un criterio maduramente formado, y de que adoptemos todos fija y segura orientación; de que no quede, como hasta aquí, fiado al azar lo que debe regir la reflexión.

Conviene evitar, por de pronto, que a la intimidación iberoamericana se le den carácter y dirección que la condenarían a irremediable fracaso al ponerla fuera de la realidad, aún más, en oposición a la realidad, y al empujarla en busca de fines, ni necesarios, ni siquiera asequibles. Permitidme algunas observaciones que interesan, en mi concepto, a la causa que profesamos, y que me importan también personalmente.

Digo esto último con motivo de cierta versión publicada en periódicos de España y de Cuba, en relación con el discurso que pronuncié en la velada hispanoamericana de Cádiz. No quise de pronto rectificar: ¿quién da importancia, y para qué se la hubiera dado yo, a indicaciones hechas de paso en ligeras reseñas, a frases sueltas de extractos rápidamente hilvanados?

Pero ayer llegó a mí una versión en que se me atribuyen, en tal forma que parece indicar que son textuales, palabras que no proferí, y en las que se contienen conceptos que no pudo abrigar jamás mi pensamiento. Dejadme, pues, exponer nuevamente mis ideas: y las expondré, para mayor claridad, con mayor desenvolvimiento, que no me consintió el carácter de la velada de Cádiz.

Se ha hablado del llamamiento que algún día dirija España para no sé qué luchas. Pero, ¿qué luchas habrá de sostener España, y con quienes, y para qué? ¿Qué hay en el horizonte que pueda anunciar futuras tempestades?... Y se ha hablado también de que las Repúblicas hispanoamericanas responderán al grito que profiera España, de que no flotará sola la bandera roja y gualda, y qué sé yo qué cosas se han dicho de divisas y de trofeos..... ¡Qué insensatez! ¡Qué delirios!

¿Con qué fin y contra quiénes habrían de combatir junto con España, o confederarse o aliarse con ella, las Repúblicas hispanoamericanas? ¿Qué intereses, antagónicos a los de nuestra raza, habrían de llamarla a las armas? ¿Qué Potencias le son hostiles, o cohiben su desarrollo, o pretenden ahogar sus energías? ¿Qué expansiones necesita, a las cuales se opongan

obstáculos que sea preciso remover? ¡Que no se repitan, que no tengan eco tamaños dislates, siquiera no sean reveladores de opiniones generales! A la causa de la intimidad iberoamericana conviene que no la aparten tales quimeras del buen rumbo por que corre; que no se desnaturalice la sana inspiración a que obedece. Y por esto quiero aprovechar esta ocasión para repetir ideas que expuse hace pocos días en mi discurso de Cádiz: que después de todo, la repetición de las ideas es el medio más seguro y eficaz de que se extiendan y lleguen a muchos, sobre todo si el que las propaga carece, como yo, de toda autoridad.

El concepto que tengo de la intimidad ibero americana, es el de una relación de carácter espiritual y ajena a fines políticos, entre los pueblos de nuestra raza..... Podrá trascender de modo indirecto y remoto al orden político, porque a él alcanza siempre toda acción que penetre en el orden social, en cuanto sea aquella intimidad—, y de ello hablaré más adelante—, elemento de cohesión que robustezca las jóvenes sociedades en que se asientan los Estados de la América española; pero de ahí no habría de pasar su trascendencia, ni de ahí podría pasar, aunque otra cosa pretendiesen los hombres; y no son, ni podrían ser empeños políticos los suyos.

La plena soberanía de cada una de las naciones ibéricas es base y supuesto necesario de su intimidad, que en ellas descansa; y soberanía quiere decir vida propia libremente regida, fines propios y por consiguiente medios propios, política propia. Cada una de las naciones ibéricas habrá de determinar siempre libremente la suya, y hasta podrán seguir distintas vías al regular todas aquellas cosas que a la política pertenecen, porque las normas que adopten y los rumbos que emprendan habrán de depender de circunstancias que son muy distintas en algunas de aquellas naciones. ¿Podrá ser la misma, por ejemplo, en sus varias esferas; podrá tener iguales direcciones, la política de la República de Cuba, la de las Repúblicas del Sur, y la de España?

En la política de cada pueblo iberoamericano han de influir, de modo decisivo, la respectiva situación geográfica, que siempre crea conexiones naturales, los antecedentes históricos de que hayan dimanado afectos y vínculos distintos de los familiares—, porque, después de todo, no son los afectos familiares, por vigorosos que sean, tan exclusivos, que no dejen lugar a otros en el corazón de los hombres y en la dirección de los pueblos—, las producciones de cada país, los mercados en que

hayan de colocarlas y aquéllos de que se surta.... Datos tan importantes como que, contrayéndome especialmente a las relaciones mercantiles, es evidente que para muchos pueblos—, por ejemplo, para Cuba—, de otros pueblos depende, ya por completo, ya principalmente, su vida económica, lo cual es decir su vida política, y aún toda su vida, su misma independencia nacional, hasta su existencia como pueblos civilizados, ya que sin riqueza, sin prosperidad económica, no son posibles ni un orden político sólido, ni la amplia cultura necesaria para la libertad y el progreso, y sin la cual no puede haber vida noble, elevada, fecunda, útil, digna de ser vivida.

De ahí que en la determinación de la política propia de cada Estado de nuestra raza, deban influir sus conexiones con otras naciones, como por ejemplo— ya en Cádiz hablé de ellas—, las múltiples relaciones de algunos de aquellos Estados con la gran República del Norte, y las relaciones mercantiles y culturales que otros mantienen con naciones europeas.

Por otra parte—y vaya otra repetición de conceptos que antes expuse—, precisamente nuestra raza, más que otras, está en situación que le permite vivir en la mejor armonía con todos los pueblos de la tierra.

Hay razas que no están bien halladas con su condición actual; pertenecen a ellas pueblos sometidos a distintas soberanías, incluídos, y no de grado, en Estados que les son extraños por la naturaleza, y de los cuales aspiran a separarse para unirse a otros pueblos hermanos, que los llaman y los esperan y con ellos quieren también reunirse, para edificar juntos nuevas estructuras políticas nacionales; pero no hay tal problema en nuestra raza. No necesita, ni intenta fundar, nuevas construcciones políticas, para las cuales le haga falta conquistar territorios que al unirse a otros integren nuevos Estados. Completos están los nuestros: satisfecho cada uno en su solar propio y su independencia nacional.

Pueblan la América dos razas, á quienes liga su situación en el mismo Continente, y que por esa situación se sienten llamadas a obras comunes en provechosa amistad: el desenvolvimiento histórico ha deslindado el área de cada una, y no hay entre ellas rivalidades, ni intereses opuestos, ni alientan aspiraciones que susciten hostilidades, resistencias o contradicciones; no hay, en una palabra, pleitos pendientes entre ellas. Y en cuanto á España, no sueña en reconquistar tierra alguna en

América, y es la amiga más fiel y más sincera de los pueblos independientes á que dió vida.

No se concibe la necesidad de otro concierto político en que tomen parte las Repúblicas iberoamericanas, que el que se dirige a resguardar la independencia de América, la integridad territorial de sus Estados y el régimen de gobierno popular que han establecido; y tal concierto en América tiene sus factores, que son los Estados americanos sin distinción de razas. Esto solo, prescindiendo de otras consideraciones, como por ejemplo, la necesidad y la ventaja de facilitar las comunicaciones entre los pueblos americanos, algunos de los cuales, por distintas causas en que no hay necesidad de detenerse, tienen menor contacto entre sí que con distintos pueblos europeos,—esto solo justificaría el pan-americanismo,—llamémosle por su nombre,—y dentro de él las peculiares relaciones en que están, de una parte los Estados Unidos, y de otra algunas Repúblicas americanas que no son bastante fuertes para sostener por sí solas su independencia, su integridad y sus instituciones, si fuesen amenazadas, y que por los Estados Unidos las ven garantizadas.

Pero el pan-americanismo no empece en lo más mínimo al movimiento que impulsa a la mayor intimidad a España y a sus antiguas colonias: antes bien, el pan-americanismo, que tiende a un concierto de transcendencia política entre todas las naciones de América, desde la Federación del Norte, a las Repúblicas más meridionales, y el hispanismo, que tiende a la intimidad espiritual entre España y sus hermanas de América, lejos de ser antagónicos se completan y se enlazan. Es el uno garantía de la independencia, la integridad territorial y el régimen de gobierno popular de los Estados americanos; el otro es condición esencial para que haya una América y se realice la obra civilizadora a que está llamado el Nuevo Continente, y en la cual, de otro modo, no podrían participar los Estados de nuestra raza.

Las condiciones naturales, sociales y políticas de América son las más propias para crear nuevas condiciones de vida, nuevos tipos y maneras de ser de las sociedades humanas, llamadas a grandes transformaciones. A impulsarlas está destinada América: ya las va realizando. En esa empresa civilizadora ¿no ha de participar nuestra raza? ¿Ha de abdicar de su posición en el mundo? ¿Ha de renunciar al porvenir? ¿Ha de resignarse a no ser activa cooperadora del progreso humano?

Pero en América, donde conviven en paz dos razas ilustres,

una de ellas ha formado una gran Nación que cubre la mitad del Continente septentrional y tiene la influencia, la fuerza y los alientos consiguientes a su unidad política, su extensión y su riqueza; y junto a ella está nuestra raza, fraccionada en muchos Estados aislados y que apenas se comunican entre sí, y algunos de los cuales no están todavía bien asentados y consolidados. Para que en un porvenir más o menos remoto—, no es de estadistas ver sólo el día que corre, sino poner la mira en los tiempos venideros—, participen activa y eficazmente las Naciones ibéricas en las obras civilizadoras del Nuevo Mundo; para que no desaparezca la virtualidad de nuestra raza, por abandonar sus destinos y los del Continente a la exclusiva acción de la británica, necesitan aquellos Estados, en defecto de la unidad política, mantenerse en estrecha intimidad espiritual. De la conservación del espíritu común y de la lengua común, que de él es efecto y manifestación, y que a mantenerlo contribuye, ha de depender en gran parte el porvenir de la América latina.

Se enlazan y se completan, pues, el pan-americanismo y el hispanismo. Uno y otro, en distintos campos y por distintos modos, han de concurrir al vigor y grandeza de los pueblos que ha fundado nuestra raza en su inmenso dominio americano, y por tanto al vigor y grandeza de la raza considerada en conjunto; el uno, manteniendo incólume la integridad y la independencia de aquéllos; el otro, conservando la unidad espiritual que evitará mayor disgregación y la consiguiente anulación de nuestros pueblos, y sin la cual, como dije, no habría América. Porque no sería América aquella en que triunfase y dominase de modo exclusivo el espíritu anglo-sajón, y que sólo por él fuese inspirada y moldeada.

El progreso necesita del concurso de todas las razas humanas. Por las recíprocas influencias de unas sobre otras, mediante las mutuas adaptaciones, se han realizado las grandes síntesis históricas, y se renueva y perfecciona constantemente la humanidad. Una civilización, por alta que fuese degeneraría en mortal estancamiento, si entre ella y otras se alzasen murallas de China que las aislasen. De los aportes de todos resulta el acervo común de la humanidad.....

Hoy es ya intensa la influencia de la América británica en las Repúblicas latinas que le están próximas. En no pocas esferas de la vida se ha beneficiado de ella la de Cuba. Merced a ella, es actualmente uno de los países más sanos de la tierra; y ha obtenido éxitos, que prepararon los norteamericanos con la

acción sanitaria que iniciaron durante la ocupación militar de la Isla.... Pero, cuando las naciones latinas de América se pueblen, y desarrollen su industria, y exploten los inmensos territorios hoy incultos, y aumenten su riqueza y consoliden sus instituciones políticas, y lleguen a ser, por su producción, por su comercio, por su cultura y por su arraigada estabilidad, grandes emporios, se harán también sentir en América y en el mundo. ¡Cuánto no pesarán los centenares de millones de hombres que pululen algún día en aquellas tierras, tan vastas, que conteniendo hoy cincuenta millones, están todavía, en gran parte, completamente desiertas?

Llamadme soñador, enhorabuena. Bien puede llamarse ensueño á la anticipada visión del porvenir. Pero, ¿no soñáis también vosotros? ¿No soñamos todos? ¡Soñemos, sí, soñemos en los destinos a que está llamada América y aliéntenos la esperanza para prepararlos!

A ellos ha de cooperar también España. No me cansaré de repetir este concepto: que el problema de nuestra América latina tiene dos aspectos: uno el de su relación con la América británica: otro el de su relación con la Madre Patria. Tampoco me cansaré de repetir que el espíritu común y la lengua común, que de España adquirió nuestra América, y que en España tienen el más firme y arraigado asiento, han de ser uno de los más poderosos elementos de cohesión espiritual, y por consiguiente de cohesión social para las jóvenes nacionalidades iberoamericanas: una de las fuerzas que las consoliden y perpetúen.

Y esto me lleva a observar que no sería menor error que el de considerar la intimidad hispanoamericana como un empeño político, el de considerarla, como hasta aquí, de un modo romántico, cual un mero idealismo propio para ocupar la imaginación de los poetas, pero que no atrajese la meditación de los estadistas. Porque la intimidad espiritual entre españoles y americanos podrá durar por sí sola, aunque nada la acompañe, mientras existan la compenetración y trato necesarios para que no se olviden unos de otros y no tomen rumbos opuestos sus ideas y sus sentimientos. Pero, ¿no ayudarán poderosamente a mantener aquella intimidad, los lazos de intereses que se creen entre España y América?

Los hombres y los pueblos no viven sólo de sentimientos: pesan mucho también los intereses en la vida de unos y otros, y crean también entre ellos vínculos afectivos, conexiones, influencias, unilaterales o recíprocas, que contribuyen a determi-

nar las acciones de los individuos y la política y la vida total de los Estados. En este orden de ideas conviene guardarse de preocupaciones y errores, y ponerse, como en todo, en la realidad. No se olvide que existen relaciones mercantiles entabladas entre las Naciones iberoamericanas y otras Naciones, como las que sostienen algunas con los Estados Unidos y otras con Naciones europeas. Con esas relaciones hay que contar, porque son necesarias para la vida de los pueblos hermanos de América. Como España no produce todo lo que ellos necesitan, ni puede consumir todo lo que producen, la índole de sus producciones, la limitada capacidad del mercado español, la distancia que nos separa—, prescindiendo de otras circunstancias—, son condiciones a que deben someterse forzosamente las relaciones mercantiles entre España y América.

Pero siempre habrá un margen, dentro del cual encontrará campo en qué extenderse la producción española. Y ello requiere una política mercantil y el concienzudo estudio de los problemas que con ella tengan relación: un cambio radical en los métodos que han solido prevalecer en la política española.....

Perdonadme si de la política española hablo: pero si hay cosas que atañen a toda la raza y no solamente a España, aunque de la acción de España dependan en gran parte; si hay cosas que importan a la relación entre España y América, ¿podremos considerarnos extraños en cuanto a ellas los americanos, y estaremos obligados a atenernos a la ley que impone a los extraños la más silenciosa reserva respecto de la política de los Estados de que no sean ciudadanos? Yo creo que bien podemos hablar sin indiscreción de la política española los que de las relaciones hispanoamericanas hemos de tratar. Y sólo a ella me refiero en este momento, y no a la de las naciones de América, porque en España hablo, y en España habrán de ser más oídas que fuera de ella mis palabras, si hubieren de merecer alguna atención.

Pues bien: ha de considerar España que estos problemas de relaciones mercantiles, aún entre pueblos hermanos, ni son sólo problemas de orden moral, ni cosas que al azar deben dejarse, para que las resuelva el tiempo y no los hombres, y que para favorecer sus intereses, en recíprocas relaciones, necesita conciliarlos con los de los pueblos de América que demandan satisfacción.

¿Habrá dificultades para que los atienda España? De seguro las habrá. Median situaciones ya creadas, intereses resistentes a ceder, y dotados, para resistir, de gran potencia.... Pero es de esperar que se llegue a la necesaria conciliación. Por lo que atañe a Cuba, tal vez sea necesario hacer respecto de la República lo que no se llegó a hacer con la Colonia.... Y verá Cuba con agrado la deseada inteligencia. Con las mercancías van siempre afectos e ideas; los lazos mercantiles refuerzan siempre los lazos morales y sociales. Pongamos todos de nuestra parte cuanto pueda contribuir a estrecharlos.

Y esperemos confiados en el porvenir. Los unos en este viejo solar de España; los otros en el Nuevo Mundo: luchando todos con esfuerzo y tesón y venciendo día tras día los obstáculos que surjan a nuestro paso—, ¿qué es la vida, después de todo, sino una constante brega contra continuas adversidades?— vosotros, los hijos de España, siguiendo la política que os impongan el medio europeo y las condiciones que han creado la historia y la constitución social y política de esta sociedad tantas veces secular; nosotros, con la política que nos impongan á su vez el medio americano y la distinta constitución social y política; fomentemos todos el amor y la concordia que darán nuevo vigor a nuestras respectivas nacionalidades, y ya llegará día en que recogeremos frutos de bendición y verá nuestra raza realizados los altos destinos a que está llamada.... Quienes tanto lugar ocupan en el planeta y ocuparon en la Historia, no lo perderán, si quieren conservarlo. ¿Qué nos falta? ¿Tal vez completa adaptación a ciertas condiciones de la vida contemporánea? Obra del tiempo será, y el tiempo vuela y no se detiene jamás.....

Y concluyo, señores, agradeciéndoos la bondad con que me habéis escuchado y las demostraciones de simpatía con que me habéis abrumado. Desde que llegué a España, en todas partes he encontrado brazos abiertos; aquí, como en Cádiz, como en Madrid, como en Jerez, como en Toledo, abro también los míos, y con mis brazos os abro mi corazón.

He dicho.

DISCURSO PRONUNCIADO POR D. ELISEO GIBERGA EN EL ATENEO DE LA HABANA, LA NOCHE DEL 27 DE DICIEMBRE DE 1912, EN LA VELADA CELEBRADA EN HOMENAJE A LA MISIÓN QUE REPRESENTÓ AL GOBIERNO Y AL CONGRESO DE LA REPÚBLICA EN LAS FIESTAS DEL CENTENARIO DE CÁDIZ.

SEÑORAS Y SEÑORES :

Mis compañeros, los que conmigo fueron a Cádiz, y que en Cádiz y durante todo el viaje me abrumaron con sus inenarrables atenciones, han tenido hoy la de conferirme el encargo, para mí muy honroso, de llevar la voz de todos en este acto, para corresponder, agradeciéndola, a la excelsa bondad del Ateneo—, que por tratarse de tan culta y prestigiosa Corporación debe ser más y más agradecida—, y a las cariñosas palabras con que, en nombre del Ateneo, nos han saludado el brillante representante de sus elementos juveniles, señor Taboadela, y el señor Montoro, nuestro gran Montoro.

Excelsa bondad, digo, porque nuestros merecimientos, después de todo, bien pocos fueron. No hicimos más en Cádiz que ser fieles intérpretes del Gobierno y de las Cámaras de la República, que nos diputaron para llevar su representación en aquella gran fiesta familiar y dar expresión a ideas y a sentimientos que en nuestro concepto son, no solo los del Gobierno, por cuyas instrucciones procedimos, sino los del pueblo de Cuba. Y que en tal creencia no vamos errados, lo demuestra vuestra presencia en esta casa.

Cúpome tal vez, no mayor parte que a los demás, pero parte siquiera más visible en el desempeño del encargo que tenía la Misión; cúpome llevar su voz en la solemne velada hispanoamericana de Cádiz. Pero aún en aquel acto fué obra colectiva de la Misión el discurso que pronuncié. Y me arrojaría títulos que no me corresponden, (y si en ello hubiese honor y ello mereciere aplauso, honor y aplauso no serían míos), si al referirme al discurso que pronuncié en el Centenario de

las Cortes de Cádiz, hablase de él como del discurso mío y no como del discurso de todos. Expresé allí ideas comunes; mis labios fueron intérpretes de todos; y si en ello hubo acierto, acierto de todos fué. Y traté de expresar lo que creímos que interesaba en aquel momento solemne a las grandes conveniencias de la Patria cubana.

España llamó a todos sus hijos de América para conmemorar un acto glorioso de la historia común. No era una fiesta española la que se celebraba, porque las Cortes de Cádiz no fueron unas Cortes puramente españolas (y digo españolas en el sentido geográfico que circunscribe esta expresión a la Península); las Cortes de Cádiz fueron obra de toda la raza española esparcida por ambos hemisferios: de los europeos y de los americanos. A celebrar el recuerdo de aquel acto, común a unos y a otros, fuimos todos convocados por España; y a su llamamiento respondieron todos los Estados de nuestra América con unanimidad y calor, que hicieron visibles la persistencia y la viveza de los afectos familiares en todos los pueblos que nacieron de la misma sangre y tienen el mismo espíritu.

Cuba no podía faltar; no podía dejar de unirse a la general demostración de afectos, que son los suyos. Pero creímos los que tuvimos su representación que le interesaba, al propio tiempo, mostrar el concepto que tiene de las relaciones de España con América, y de los pueblos iberoamericanos entre sí, y señalar la orientación que, en nuestra opinión, podrá llevar al más dichoso término la obra de intimidad y acercamiento; y esto hicimos, y nada más que esto. ¿Acertamos? El Ateneo nos aplaude. ¿Qué mayor satisfacción para nosotros?

Sería injusticia nuestra conducta si al ofrecerse ocasión propicia como ésta, en que nos invita el Ateneo por los labios del señor Montoro a referir a nuestros oyentes cubanos lo que fueron las fiestas del Centenario de Cádiz, no cumpliésemos un deber elemental de cortesía y de agradecimiento. Cuando llegamos a casa después de un largo viaje, uno de nuestros primeros cuidados es poner en el correo misivas que a los amigos que nos recibieron y agasajaron, les digan que conservamos de ellos buena memoria y que agradecemos sus bondades. Cúmplenos así a nosotros dar público testimonio de agradecimiento por la conducta observada con la Misión cubana y con todas las Misiones de América (y ya diré por qué singularizo la alusión a la Misión cubana); dar público testimonio de agradecimiento a

España, a su Gobierno, a todos los elementos sociales y políticos que en torno nuestro constantemente estuvieron agrupados, y que nos hicieran olvidar, si cupiese en mente humana semejante olvido, que estábamos lejos de nuestros hogares y de nuestros hermanos; quiero decir, de vosotros, de nuestros compatriotas, los cubanos.

He hecho especial alusión a la Misión cubana y os indicaré por qué singularizo mi referencia a ella. Yo no diré, porque tal vez no fuera exacto, que la Misión cubana hubiese obtenido predilección marcada por parte del Gobierno y de todos los elementos españoles sobre las otras Misiones de América; yo no diré que con los cubanos hubiese habido distinciones especiales, que hubiésemos sido objeto de particular solicitud; y no diré eso, primero porque podría equivocarme; después, porque si eso fuese, no debiera decirlo. Pero la verdad es que la impresión general, la que dominaba en todos, la que se oía repetida de labio en labio, era la de que en aquellos días los cubanos fueron en España los hijos predilectos, los recibidos con mayor cariño y efusión.

Ocurrida la separación, olvidáronse en Cuba las pasiones propias de los días de combate; los sentimientos hablaron, y fué aquí sentimiento dominante el del afecto y la cordialidad hacia España y hacia los españoles. Pero, después de todo, en la solución que tuvo el pleito planteado contra España por la Revolución, no fué la Revolución la perdidosa. España, que perdió su soberanía sobre Cuba, ¿qué afectos conservaría en lo íntimo de su corazón?

Que seríamos recibidos con cortesía, con respeto, con deferencia, ¿quién podía dudarlo, cuando se nos llamaba? Pero fué algo más lo que en aquel recibimiento hubo: fué cariño sincero, fué afecto cordial, fué verdadera efusión de las almas; y aquí podemos decir, para hacer justicia a los sentimientos y a las ideas que preponderan hoy en España, que si España resistió, como después de todo era natural que resistiera, a la aspiración cubana a la independencia de la Isla, sustentada con las armas por el Separatismo, y pugnó por conservarla sujeta a su soberanía, la causa de la independencia de Cuba, tan combatida por España, es hoy allí causa amada, popular, a la cual están adictos los corazones españoles. Lo que esto pese, lo que esto valga no hay que decirlo en este lugar, ni importa; lo que importa en este lugar es consignar que el lazo familiar del afecto está

rehecho y es fuerte y poderoso; que el vínculo es estrecho y firme; que somos unos, y que somos unos, no sólo los españoles y los cubanos, sino, como se decía en otros tiempos, los españoles de ambos hemisferios.

Veinte repúblicas americanas reunidas en España, hicieron visible al mundo la existencia sobre la tierra de una enorme masa humana. Ved un mapa, ved los territorios que ocupan las distintas razas, ved cuáles son aquellos en que solo dominan y no pueblan algunas de las potencias que tienen colonias, como por ejemplo, Francia, como por ejemplo, Alemania; ved cuáles son aquellos en que, ora dominen todavía como soberanas, cual Inglaterra, ora no dominen ya, como España, se han creado nuevos pueblos; y veréis que solo dos grandes razas, extendiéndose en colosal expansión fuera de su territorio, se han propagado y han poblado una gran parte del mundo; que sólo dos grandes razas humanas han sido políticamente prolíficas; que sólo dos grandes razas humanas han creado fuera del primitivo solar varios pueblos esparcidos por los ámbitos de la tierra: la anglosajona y la hispana.

Lo que esto significa pudo verse, en cuanto a la nuestra, cuando nos encontramos reunidos, primero en Madrid, al pie de la estatua de Colón en el banquete que en el patio del Ministerio de Estado nos ofreció el Gobierno del Rey de España; después, cuando nos agrupamos en Cádiz en el escenario de aquel gran Teatro, que en aquella noche de gloria pareció ser uno de los lugares más augustos por albergar tan gran asamblea humana; pudo verse en la repetición de actos, que uno tras otro iban demostrando los afectos que todos sentimos, y agrupando una vez más a los representantes de todos los pueblos hermanos, y dando a conocer unos a otros los hombres y las cosas de las respectivas tierras y trabando lazos de amistad personal que, siendo quienes son los que los traban, pueden ser tal vez lazos de amistad entre las naciones.

La natural conexión entre éstas; el mayor vigor que deberá alcanzar—, y hasta diré que ya ha alcanzado—, después de reunidos en España todos los representantes de nuestra América; la subsistencia de la comunidad espiritual, no obstante la distancia y la escasa comunicación de muchos pueblos, que en algunos llega a ser completo aislamiento: todo esto se veía tan claro en las fraternales reuniones de Madrid y de Cádiz, que de ellas surgía espontáneamente, fuerte, glorioso, radiante, el

ideal. Y yo pensaba entonces que si Cuba es un pueblo muy pequeño, forma parte de una agrupación humana muy grande, de una de las agrupaciones humanas a quien está reservada mayor participación y mayor grandeza en la obra civilizadora del porvenir. Pensaba entonces que Cuba, sean las que sean las pequeñeces entre las cuales nos movamos muchas veces; sean los que sean los olvidos que padezcamos cuando nos ocupamos de las cosas más próximas y más inmediatas y desdeñamos las más remotas y grandes; que Cuba, después de constituida en nación independiente y entregada a vida propia y soberana, y destinada, aunque no quisiera, a afrontar los azares del porvenir; que Cuba, con esta responsabilidad para el mañana, tiene, sin embargo, si ella sabe no perderla, una gran fuerza moral: la fuerza del ideal.

¡Qué hermosos destinos los que guardan los tiempos venideros a las dos grandes razas pobladoras! Y dentro de una de ellas, y en íntimo contacto con la otra, ¡qué gran papel, en medio de su pequeñez territorial, ha de caber a este pueblo cubano, destinado por varias circunstancias y de varios modos a ser lazo de comunicación y de unión entre una y otra raza!

El señor Taboada ha tenido la bondad de recordar que otras veces he hablado de ese ideal. Así es: es uno de los que me son caros, de los que hace años procuro propagar en la medida de mis fuerzas.....

Pero no es hora de insistir en estas consideraciones. Permitidme decir solamente, en relación con el Centenario y con la intimidad espiritual de nuestra raza, en él revelada, que si en Cuba y en otros pueblos hermanos, parece a veces obscurecido el ideal, bueno es que lo avivemos, como lo aviva hoy este acto, cuando a ello inviten sucesos que lo recuerden; que a los que no lo vean se les haga presente; que a todos se repita y se demuestre que con perspectivas como las que en su horizonte tienen estos pueblos hispanos de América, sería insensatez renunciar a ellas; y que a ellas renunciaría el que no trabajase por alcanzarlas y en cosas menudas y mezquinas fijase solo la atención, y se desentendiese de las grandes cosas que nos llaman y nos esperan. En el camino que nos está abierto y en que estamos empeñados, podemos llegar a cima tan alta, que distraerse en la ascensión y extraviarse sería imperdonable vileza, que en sí misma encontraría castigo.....

¿A qué hablaros de todos y cada uno de los actos de aquellas solemnes fiestas, que empezaron en Cádiz y se prolongaron, con larguísima duración, en Madrid? El Gobierno español extremó sus atenciones y delicadezas. Y al referirme al Gobierno español, ¿cómo no recordaríamos con intenso dolor, los que en aquellos días le tratamos a diario; los que de él recibimos a diario las más afectuosas demostraciones; los que en algunas conferencias que con él celebramos pudimos penetrar en la profundidad de su gran pensamiento; los que nos sorprendíamos a cada rato, cuando con él departíamos, al ver el vuelo de águila de su mente, el conocimiento de todos los problemas sociales y políticos que preocupan hoy a los hombres en todos los pueblos, el ansia noble de progreso que desbordaba, en sus palabras, su generoso ánimo; los que oímos sus maravillosos discursos, que parecían el habla augusta de un númen: ¿cómo no recordar al Jefe de aquel Gobierno, que nos recibió y nos agasajó; al ilustre varón que cayó bajo el plomo homicida poco después de separarnos de él, y cuyo nombre vivirá eternamente en la Historia de España y vivirá siempre en nuestros corazones agradecidos: Don José Canalejas? Reciba su memoria el homenaje del recuerdo de los que fueron entonces sus amigos; recíbalos singularmente de aquél que desde mucho antes lo fué.

Unieronme a Canalejas amistosos vínculos; desde hace muchos años obtuve de él sincero afecto, que al mío correspondía, y a nuestra amistad, que fué para nosotros una herencia, había precedido la de nuestras familias durante dos generaciones. En algún momento de nuestra historia política, en algún momento de las campañas de los representantes cubanos en el Parlamento español, no tuvimos tan estrecho contacto como otras veces, porque Canalejas, en el problema colonial, no fué de nuestros amigos; pero al contacto suplían los recuerdos... Y ya que he hablado de su actitud en el problema cubano bajo el régimen colonial, faltaría a lo que debo a su memoria si no dijese también que después de consumada la separación, después de realizada la independencia de Cuba, cuando ya los problemas eran otros, naturalmente, hubo de cambiar, como ante los sucesos cambian las actitudes de todos los hombres; y Canalejas era últimamente un amigo, un verdadero amigo de Cuba.

Esto tienen los grandes sucesos. ¡Cómo cambian las actitudes de los hombres, cómo les imponen nueva conducta los nuevos acontecimientos! Yo mismo ¿pude imaginar hace veinte y

tantos años, cuando me sentaba en los escaños rojos del Parlamento español, que algunos años después asistiría a una de sus sesiones sentado en la tribuna diplomática? Yo, que no cooperé sino a última hora, después del 13 de Agosto de 1898, a la fundación de la República cubana; yo, me ví en España representando a esta República. Yo, lealmente, honradamente, noblemente, sin apostasía, sin vileza, cumpliendo, antes bien, deber de patriota, a nuestra República representé en España. Y yo, que en otros tiempos me ví sospechado y acusado por los políticos españoles; yo, a quien miraron tantas veces con franca o disimulada prevención, al llegar a Madrid me encontré festejado, agasajado, como el más querido de todos los amigos, por todos los que habían sido mis compañeros, al propio tiempo que mis adversarios, desde el Presidente del Congreso a los Ministros de la Corona. De donde sacaba yo, en solitaria reflexión, una conclusión: ¡qué hermosa prenda la serenidad en la vida pública! ¡qué suerte para el ánimo la de no apasionarse, la de ver tranquilo las más opuestas actitudes y las más violentas discusiones! ¿A qué arrebatarnos, a qué enconarnos, a qué odiarnos, cuando estamos en opuestos campos, si no sabemos cuánto tardará, o cuán poco tardará, el curso de los sucesos en colocarnos en actitud tan distinta de la que en tal o cual momento hayamos tenido?

Y como he recordado la particular acogida que obtuve de los que fueron mis compañeros en Madrid en el Parlamento español—, (fuéronlo casi todos los que formaban el Gobierno)—, bueno será que diga, para que no se atribuyan a simpatías y preferencias personales las atenciones que todos recibimos, que no se debieron, no, ni a los lazos que a mí me unían con los hombres del Gobierno y de las oposiciones, ni a las grandes y merecidas simpatías que goza en Madrid uno de los miembros de la Misión, el más caracterizado por el cargo diplomático que desempeña, el Ministro de Cuba—, a quien es justo que sus compañeros dediquen un recuerdo, ya que no se encuentra entre nosotros.— ni a las altas dotes de entendimiento, de discreción, de cortesía, de amabilidad, de trato de gentes, a todas las bellas cualidades que adornan a mis demás compañeros, que donde quiera que se presentaban iban haciéndose corte de amigos. No, todos los obsequios, todos los homenajes, todos los festejos, todos los agasajos que recibimos, no tenían que ver con nuestras personas; todo se consagraba a Cuba.

Bien claro se vió en el último acto de las fiestas del Centenario, que quiero recordar, y con cuyo recuerdo terminaré; me refiero al banquete con que la Misión cubana obsequió al Gobierno de S. M., a las autoridades de Madrid, y a los miembros de todas las Misiones de América; acto solemne e imponente, cuyo recuerdo me conmueve todavía. Podrá parecer para otros indiferente y se considerará como cosa pueril la mención, que voy a hacer, de sus circunstancias; pero para cubanos que se encontraban lejos de Cuba, que iban representando a su Patria, que no tenían pensamientos sino para ella, y cuyo corazón, cuanto más distantes, más lleno estaba de ella; para cubanos que se encontraban en aquel concurso de gentes simpáticas y queridas, pero las más nuevamente conocidas y que apenas habían dejado de ser extrañas; que se encontraban, en fin, en un medio que no era el propio; que no estaban—, si vale la palabra criolla—, en su *patio*, ¡qué dulce, qué conmovedor fué oír los acordes del himno que nos recordaba a la patria ausente, a la par que alegraban nuestra vista y nuestro ánimo los colores de la bandera patria!..... Oímos aquellos sonos con religiosa emoción, puestos de pie; y puestos también de pie todos los asistentes, que en aquel momento daban tributo de respeto y de adhesión a una bandera y a un pueblo;

No quiero cansaros más, señoras y señores. Después de todo, sería inoportuno que yo insistiese en hablaros del Centenario de Cádiz. ¿Para qué, si sois de aquellos en quienes acompañan siempre las ideas a los sentimientos; de los que tienen ideales y los aman y los sirven, y no necesitáis que yo os recuerde los que en Cádiz me inspiraron?.... Digo esto, porque si es verdad que sin sentimientos no se mueven nunca los pueblos a impulso alguno, no es menos cierto que sin ideas los sentimientos son siempre estériles y no conducen nunca a fines seguros, a fines dignos de ser seguidos y perseguidos.

Pero se juntan los sentimientos y las ideas y nacen los ideales. De las que fueron nuestras ideas—, no sólo mías—, de las que fueron nuestras ideas en Cádiz, dan testimonio las palabras que hube de pronunciar allí y las que después repetí y tuve ocasión de ampliar en mi discurso de Barcelona. Aquellas ideas y aquellos sentimientos son para mí el fundamento del ideal de que os he hablado.

Vosotros los compartís; por esto estáis aquí. Y vuestros aplausos afirman la confianza que en ellos tengo y contribuirán a hacerme perseverar en su culto.

Suelen, en política, desdeñar a los que llaman "idealistas" los que se llaman "hombres prácticos". A mí se me supone hombre político; lo seré o no lo seré, mereceré o no tan halagüeña calificación; pero os aseguro que, aunque sea un hombre político—, y dentro de mis ideas digo más: que por ser un hombre político—, soy un idealista: porque la experiencia de la vida, el estudio de la Historia y las meditaciones que me sugiere y que llenan a veces mis ocios, el conocimiento del corazón humano que he podido adquirir en mis años, que ya no son pocos, y el de los sucesos en medio de los cuales he vivido, me han enseñado que la política, para ser fecunda, necesita poner la planta en la realidad, (el que en ella no la pone, siempre se hunde), sí, la planta en la realidad, pero la mirada en el ideal.

He dicho.

BRINDIS PRONUNCIADO POR D. ELISEO GIBERGA EN EL BANQUETE QUE LA COLONIA ESPAÑOLA OFRECIÓ EN EL CASINO ESPAÑOL DE LA HABANA, LA NOCHE DEL 19 DE ENERO DE 1913, A LOS MIEMBROS DE LA MISIÓN QUE REPRESENTÓ AL GOBIERNO Y AL CONGRESO DE LA REPÚBLICA EN LAS FIESTAS DEL CENTENARIO DE CÁDIZ.

SEÑORES:

En la vida pública no suelen abundar las satisfacciones: en ella he sufrido yo muchas amarguras. Pero de la dura ley, por cuya virtud siempre son más éstas que aquéllas, hemos estado exentos, con singular fortuna, los que fuimos á Cádiz en representación del Gobierno y del Congreso de la República.

De la acogida que en España nos dispensaron, tanto el Gobierno, como las Cámaras, las Corporaciones, la prensa y los elementos sociales y políticos con quienes convivimos durante algunas semanas en grata intimidad, he hablado hace pocas noches; y no necesito repetir que nuestra Misión fué como un viaje triunfal en que solo recogimos afectos y agasajos.....

Apenas vueltos a Cuba, nos llamó y recibió, en solemne velada, la culta sociedad entre cuyos miembros se cuentan, sin distinciones de vocación ni de ejercicio, los más distinguidos representantes de la intelectualidad cubana en todas sus ramas; y a la honra que nos otorgó, quiso unir el Ateneo la de que en su nombre nos dirigiese afectuosa bienvenida y halagüeña felicitación el hombre insigne, claro dechado del patriotismo cubano, (el señor Montoro), cuya vida ha sido incesante y devota consagración a los más altos intereses del país, tan notable en las varias actividades a que se aplicó con insuperable brillo, que ella sola es parte no pequeña de nuestra historia nacional, y cuyo nombre ha llegado a ser timbre de nobleza para Cuba; cual si quisiera el Ateneo que su saludo y su aplauso, para encarecer más y más la recompensa que en ellos debían encontrar nuestros afanes, nos viniesen de tal altura, que sólo podría compararse,

trasponiendo el pensamiento al orden físico, a la suprema altura desde la cual caen sobre la tierra la luz y el calor para vivificarla y llenarla de hermosuras y esplendores....

Y a aquella demostración de una sociedad cubana, sigue esta noche la de la Colonia española, en cuyo nombre nos ha ofrecido las más corteses lisonjas persona tan distinguida y caracterizada, y por todos nosotros, y señaladamente por mí, desde hace muchos años, tan estimada, como el señor Presidente del Casino Español— (el señor Baños)—: y para que sea mayor nuestra ventura, se sientan hoy en esta mesa, como se sentaron al pie de la tribuna del Ateneo, ilustres representantes de los dos Gobiernos, del de España y del de Cuba: el señor Ministro de España y el señor Secretario de Estado de la República: el señor Ministro, que a su representación oficial reúne, para hacernos más amable su compañía, las altas dotes personales que le han granjeado entre nosotros sinceras simpatías y profundos respetos, y el señor Secretario, de quien, por ser también, como el señor Montoro, uno de los patriotas que más honran a Cuba y cuyo nombre, más que un nombre, es un símbolo, por su constante dedicación al culto de las ideas y de la patria, diría yo..... no se si atreverme a ello; pero sí, me atreveré....: diría yo que al verle enfrente de mí me siento más satisfecho y más honrado que al considerar que nos acompaña el Secretario de Estado, al pensar que se encuentra entre nosotros don Manuel Sanguily.....

Tanta ha sido nuestra fortuna.... Pero aún ha sido mayor. Porque este acto, en verdad, me parece una prolongación de las fiestas del Centenario de Cádiz; y lejos de Cádiz y de España revivimos hoy aquellos hermosos días los que de ellos disfrutamos. Sí, me siento vuelto a ellos. Parece estar en Cádiz, o en Madrid, o en Barcelona. Los hombres son los mismos, los que allí nos rodeaban y nos obsequiaban; los mismos rostros, los mismos tipos, la misma habla.... Los sentimientos, los mismos son, los que allí rebosaban de todos los pechos.... Las ideas que aquí han tenido elocuente expresión en las palabras del señor Baños y del señor Pérez, son las que allí resplandecían con igual fulgor.... El ambiente moral es el mismo que respirábamos dichosos en aquellas inolvidables jornadas.

Gracias, señores, gracias os damos a los que en la Habana las renováis, y al renovarlas proseguís la obra del Centenario y contribuís a asegurar sus frutos.

Porque el Centenario de Cádiz ha sido algo más que una hermosa fiesta y una grandiosa solemnidad. En una crónica publicada en un importante periódico francés—, (*Le Figaro*)—, uno de los periodistas extranjeros que concurrieron a las fiestas de Cádiz decía, refiriéndose a la velada hispanoamericana celebrada en el Gran Teatro de aquella ciudad, que a su conclusión se notaba en todos los presentes la impresión de que habían asistido a un gran acontecimiento histórico. Tal creo que fué; y añadiré que debió serlo, y que si así no fuese, no valdría la pena de que se hubiesen reunido en Cádiz España y América. Pero si ha de tener el Centenario una trascendencia general, consistente, en mi concepto, según dije en otra ocasión, en haber planteado formalmente en el orden de las ideas, y a la vez en la Península y en todos los pueblos iberoamericanos, un problema fundamental, que importa a la vida y al porvenir de todos y que hasta entonces no había salido de la esfera de los sentimientos: el problema de las relaciones entre todos los pueblos ibéricos de ambos mundos, ha de tener para Cuba particular importancia, porque con ese problema se enlaza el de las relaciones entre los españoles y los nacionales en las Repúblicas americanas en que forman parte de la población inmigrantes españoles; y en ninguna, como en Cuba, es tan considerable, y tanto significa y representa la colonia española, por su número, por sus varias actividades, por su riqueza, por sus íntimas relaciones con los naturales del país.

Que es parte integrante de la sociedad cubana, dijo de ella el señor Presidente de la República en un memorable documento, que me recordó, por cierto, al darme instrucciones para concurrir en su representación a las fiestas de Cádiz. Pero desde que ocurrió la separación, la sociedad cubana, la que formábamos juntos, hasta entonces con ciudadanía común, los insulares y los peninsulares, quedó dividida, en el orden político, en dos grupos; y solo en uno de ellos descansa el nuevo Estado. El otro sigue formando, como dijo el señor Presidente de la República, parte integrante, parte esencial de la sociedad cubana; pero es extraño al Estado, vive fuera de él; y se dá en Cuba caso tan singular—, y que en otros pueblos o en otras condiciones podría ser grave amenaza y peligro para la subsistencia de la Nación—, como el de que sean políticamente extranjeros y no participen en la vida del Estado y no hagan sentir en él su influencia los que forman un numeroso, vigoroso y ac-

tivo núcleo social, en determinadas esferas tan importante que, —en la hipótesis de que pudiese ser eliminado—, sufriría intensa perturbación y sensible quebranto la vida de la nación.

Los españoles no son en Cuba, como en otras partes, una pequeña colonia, que contribuya más o menos,—pero como otras colonias extranjeras, y en algunas Repúblicas menos que otras—, a la producción y a la riqueza, y aun a la cultura y al progreso del país. La colonia española en Cuba tiene tal arraigo y le está unida por tantos lazos que la distinción política es flagrante contradicción de la realidad social. ¡No en balde son tantos los hogares en los cuales, como debió ocurrir en el de José Martí, como ocurre en el mío, guardan piadosamente familias cubanas la imagen de un español, el retrato del padre, vivo o muerto; si vivo entrañablemente amado, si muerto religiosamente venerado y no olvidado jamás!

Verdad es que, además de los lazos de la sangre y del espíritu común, tienden a producir y mantener la intimidad de ambos grupos, otras causas. El pueblo cubano, además de ser uno de los más hospitalarios de la tierra, dá en su Constitución a los extranjeros—, es decir, principalmente a los españoles—, los mismos derechos en la esfera civil que a los cubanos, y aún los mismos derechos políticos, con dos solas excepciones, que no requieren justificación; la del derecho del sufragio, y la del derecho del cubano de no ser extrañado del suelo patrio. Más les dá nuestra legislación; les dá el derecho de ser elegidos Concejales, de concurrir activamente con los nacionales a la administración municipal, a la gestión de aquellas cosas que de más cerca tocan al hogar y al corazón. Y tal régimen ha establecido un pueblo en que los extranjeros son, principalmente, los españoles, es decir, los favorecidos por el régimen colonial, los que tenían en sus manos el gobierno, los ciudadanos de la antigua Metrópoli, de la cual sólo hace tres lustros que se separó el nuevo Estado, después de una ardiente y enconada lucha que cubrió de fuego y sangre todo el territorio y de miserias y dolores los hogares. ¿Cuándo se vió en el mundo espectáculo semejante? Y, ¿cómo no amarían a Cuba los españoles? Desmentirían su casta, si no la amasen como a una segunda patria, porque no serían nobles e hidalgos.

Pero como son fieles a su sangre y aman a Cuba y están identificados con su actual condición política, y ven en su independencia una causa común a todos los pueblos ibéricos, la

distinción a que antes aludí, entre la sociedad y el Estado, no daña a la solidez y estabilidad de éste; y le dan, por el contrario, mayor fuerza—, hablo de fuerza moral, que es la mayor de todas—, la intimidad y la solidaridad entre los dos grandes núcleos sociales: el cubano y el español.

Y he aquí, señores, por qué doy tanta importancia a todo lo que tienda, como la celebración del Centenario de Cádiz, a mantener y afirmar esa intimidad y esa solidaridad. He aquí por qué aplaudo la moderación, la respetuosa reserva y discreción con que, en el ejercicio de los derechos que a los extranjeros confiere la Constitución, procedéis los españoles, que sois entre los extranjeros aquellos cuya actuación puede ser más sensible y transcendental, recordando siempre que todo derecho implica deberes y que los hay en el orden moral tan estrictos y sagrados que quizás obligan más que los que en leyes se escriben. He aquí por qué siempre he deseado que en todas las esferas de la vida, ya en las relaciones privadas, ya en el desarrollo de vuestras empresas, ya en la marcha de vuestras asociaciones, mientras llega el día en que nos confundamos todos en el seno del nuevo Estado cubano, os esforcéis siempre, pensando en Cuba y en lo que a Cuba debéis, en hacer más y más íntima y cabal vuestra identificación con los cubanos, de tal suerte que en todas las cosas que nos son comunes no actuemos separados por infranqueables barreras, cual si estuviésemos todavía, como en la colonia, en campos opuestos, y más que opuestos, enemigos, sino que actuemos acordes y unidos, puesto que todos tenemos ya iguales intereses y el mismo ideal político: la independencia de Cuba.

Hablé del día, quizás todavía lejano, en que volvamos a reunirnos todos en el seno del Estado cubano, cual lo estuvimos en el Estado español, en que, gozando la misma ciudadanía, volvamos a ser unos en el orden político como en el social, y hagamos, en la nueva Cuba y bajo la nueva bandera, trasunto fiel de la sociedad al Estado, dándole así más amplia base y más sólido cimiento..... Al expresar tal idea me aparté, en verdad, de los límites en que debo encerrar mi palabra en este momento. Mas, ya que a salir de ellos me empujó el curso de mis ideas, perdonadme la digresión, pero permitidme concluirla diciendo que quizás merezca tan interesante asunto que en él se medite alguna vez y que acaso deba ser parte de una obra total de reconstrucción social y de consolidación nacional que prepare la

grandeza a que destinan a Cuba propicias circunstancias, y entre ellas su vecindad a la gran República del Norte y su posición central en el planeta.

Grandeza, sí; grandeza, repetiré, no obstante su pequeñez territorial; porque hay una grandeza de los pequeños, más envidiable acaso que la de los grandes, en quienes va siempre unida a responsabilidades y riesgos de que pueden eximirse los pequeños; hay la grandeza que dan la paz, nunca turbada; la justicia, a todos dispensada; la libertad, bien segura; la ley fielmente cumplida; el buen gobierno; la prosperidad, el bienestar, la cultura difundándose entre todos; la virtud arraigada en los más: todo lo que respetan los hombres, ya en los grandes, ya en los chicos.

Esa grandeza podemos y debemos pretender. Buena es la modestia: buena la prudente reserva que reduce la aspiración y la acción a los límites que les imponen los medios: pero dejar de aspirar y renunciar a obrar, por las dificultades del empeño, sería prepararse la muerte, más o menos tardía, pero segura. Yo compadezco a los que, no acertando a interpretar rectamente la historia y la realidad, y viendo solo aspectos parciales y momentos pasajeros de la vida de la humanidad, creen agotada a su raza y se duelen, y acaso se avergüenzan, de pertenecer a ella. Yo no; yo estoy satisfecho y orgulloso de mi pueblo y de mi estirpe.

Sobre Cuba y sobre España gravan funestos legados del pasado, y atraviesan honda crisis, que a muchos hace desconfiar del porvenir. ¿Qué importa? Todas las naciones han tenido sus noches tristes, como sus días de plenitud y de gloria; y en crisis está hoy el mundo entero, aunque difieran, según los pueblos, los caracteres de las crisis y los problemas pendientes y los riesgos con que amagan. Que otros van por delante de nosotros y estamos muy rezagados..... Tal vez esto nos permita aprovechar la experiencia de otros pueblos y evitarnos dificultades que otros han debido arrostrar.....

Yo fío en el porvenir de Cuba y en el de España. Y por Cuba y por España brindaré esta noche, llena el alma de fervor. Por Cuba, la tierra adorada en que nacimos unos y formásteis otros dichosos hogares, y apuramos todos cuanto tiene la vida de dulce y de amarga; a la cual estamos unidos por las alegrías y los dolores; y de la cual hicimos altar en que deponemos todas las esencias de nuestras almas; por Cuba, tan castigada por todos

los infortunios con que afligen a los pueblos los errores de los hombres, y que a todas sus desventuras ha sabido sobreponerse, con invencible energía, y por encima de todas salvar la riqueza y la cultura; por Cuba, que hasta en los días más negros de su historia, y bajo un régimen que descansaba en la esclavitud, el absolutismo y el monopolio, lejos de corromperse y degradarse, dió a América una constelación de nombres tan esclarecidos, que ellos bastarían para su gloria; por Cuba, que hace pocos años era un inmenso campo de matanza, todo ruina y horror y desolación, y es hoy emporio de que nos sentimos orgullosos, y en el cual se afana un pueblo libre por crecer y florecer, y mejorar y durar! ¡Brindo también por España! ¡Por España, cuya historia, llena de prodigios, ofrece grandezas insuperadas, y caídas en que otras naciones hubieran sucumbido, pero de las cuales se alzó con nuevos bríos; por España, tan preclara, que sin hablar de ella quedarían truncas y serían incomprensibles la historia de la civilización hasta nuestros días y la historia de la futura civilización americana, y de cuyo paso quedan en todo el orbe tantas y tales huellas, que no necesitó conservar su antiguo imperio para conservar el respeto de las gentes; por España, que si ha perdido un siglo en los nuevos caminos abiertos a la vida contemporánea, va ganando rápidamente el tiempo que perdió, y como triunfara antaño en las más varias empresas, también triunfará otra vez y verá renovadas sus antiguas glorias en las que le depare el porvenir!

¡Por Cuba y por España alzo, pues, mi copa! ¡Y por el Rey de España y por el Presidente de la República!

He dicho.

APÉNDICES

FRAGMENTOS DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR D. ELISEO GIBERGA,
EN LA VELADA QUE CELEBRÓ EL CENTRO ASTURIANO DE LA
HABANA LA NOCHE DEL 4 DE OCTUBRE DE 1903, CON MOTIVO
DE LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL ANTERIOR CURSO ESCOLAR.

SEÑORAS Y SEÑORES:

.....

De ahí que para mí fuera caso difícil el comarecer ante vosotros. ¿De qué hablaros? Pero pensé que ya que no puedo presentarme con pretensiones científicas de ninguna clase, para corresponder a la atención que conmigo habéis tenido, ya que esta tribuna es una de aquellas que por el prestigio que ha alcanzado y por su historia, prestan gran resonancia a las voces que en ella se pronuncian; tal vez, no sería inoportuno que me ocupara en hacer una ligera exposición de hechos, en recordar algunos, simplemente algunos hechos, que por su importancia compensarán la deficiencia doctrinal de mi palabra, relativos a las funciones sociales que dentro de la nueva situación política corresponden a esta Sociedad, a las demás Corporaciones españolas y, en general, a la colonia española que reside en Cuba. A esa exposición añadiré únicamente—porque á más no alcanzaría—algunas sencillas consideraciones, con toda llaneza y brevedad.

Es un hecho característico de nuestro pueblo, que sólo se ofrece en algunos otros países de América, la especial composición de esta sociedad de la cual son elementos, igualmente integrantes, nacionales y extranjeros. El Estado cubano, el Estado que acaba de nacer, de los cubanos es; bajo él, pero fuera de él, viven, los españoles; pero la sociedad cubana, hoy, como hace cinco años, como hace cinco lustros, como hace medio siglo, la componen igual y juntamente cubanos y españoles.

Y están tan unidos, tan mezclados, tan enlazados entre sí, que si, por un momento, se concibiese en la esfera de la imagi-

nación, el estupendo imposible de que fueran arrancados de esta sociedad los españoles que forman parte de ella, ¿de qué modo quedaría? Quedaría quebrantada y desgarrada y veríamos entre lágrimas acerbas, sangrar innumerables corazones, y se trastornaría bruscamente toda la vida social.

Tiene, pues, extraordinario interés para todo el que ame a Cuba, para todo el que se ponga a meditar acerca de sus problemas, y se preocupe de su porvenir, esa circunstancia especial de la composición de nuestra sociedad, cuyo valor social todavía aumenta por la importancia que dan al elemento español, de una parte, su número, y de otra, la solidaridad en que vive, y su organización, que se deriva en parte de esa solidaridad, así como su riqueza y su participación activa en todos los órdenes de la vida social. Y aquí conviene fijar detenidamente nuestra atención en que son españoles principal y casi exclusivamente los que constituyen dos de los más importantes círculos sociales: la industria y el comercio.

A esta importancia de la Colonia Española en Cuba han de corresponder sus funciones sociales. Este Centro es revelación de algunas de ellas.

.....

Pero, realmente, esas funciones no son, ni con mucho, las más importantes, las que creo yo que deben reclamar la atención de los pensadores, entre las que desempeña la colonia española de Cuba. Volviendo sobre un concepto que ya anuncié, recordaré que ejerce de una manera casi exclusiva dos funciones muy interesantes: la comercial y la industrial, y si me lo permitís, dedicaré a este punto algunas observaciones.

Hubo un tiempo, allá en las antiguas edades, en que eran pocos los pueblos de la tierra que practicaban el ejercicio mercantil. ¿No habéis leído repetidas relaciones en que aparecen llegando a desconocidas playas, de tanto en tanto, recorriendo el Mediterráneo, heraldos de una civilización superior, los mercaderes? Los naturales de aquellas costas no obtenían ciertos objetos, no gozaban de ciertas ventajas sino cuando llegaba el extranjero en flotantes leños a llevárselas desde lejanas tierras. Aunque en distintas condiciones, sucede también en nuestro pueblo, como en muchas de las nuevas repúblicas de América,

que el ejercicio del comercio y de la industria no está en manos de los nacionales, sino en las de los extranjeros.

Deseaba Santo Tomás de Aquino, desde un punto de vista exclusivamente moralista, con el fin de alejar de los ciudadanos la codicia que pervierte el corazón, que el comercio fuese ejercido por los extranjeros: *per negotiationis usum cupiditas in cordibus civium traducitur*. Los sociólogos piensan de otro modo y hoy proclaman todos que es una sociedad imperfecta aquella en que la industria y el comercio, esas ramas tan importantes de la actividad humana, están en manos de los que no sean nacionales. Y esto constituye una imperfección de la sociedad cubana; esto constituye un riesgo, sobre el cual debemos meditar todos los que por Cuba nos interesamos y tenemos puestos los ojos en su porvenir. Y he aquí otro dato que justifica la importancia de la colonia española; y he aquí una gran responsabilidad que sobre la colonia española pesa, porque es preciso, si hemos de constituir una verdadera nación independiente, que la integren todos aquellos elementos sociales, sin cuya concurrencia no podría tener la vida normal que se requiere para que pueda perpétuamente vivir y perdurar una nacionalidad.

Vosotros los españoles, los que ejercéis principalmente la industria y el comercio; vosotros los que en esta tierra hospitalaria habéis creado vuestras fortunas y con vuestras fortunas sustentáis a vuestras familias; y, merced a vuestras fortunas y a vuestras familias, os sentís felices y gozáis la satisfacción de ver a esta legión de jóvenes, hijos vuestros los más, que viene a recoger el premio de la aplicación y de la inteligencia; vosotros, los españoles, habéis contraído deberes estrechísimos, sin cuyo cumplimiento esta sociedad padecería mañana y vosotros mismos podríais veros defraudados en vuestros intereses y esperanzas.

¡Ah! desdichada nación aquélla, como algunas que tenemos cerca, como la misma España, cuyo ejemplo tan conocido nos es a los cubanos que hasta ayer fuimos españoles, en que las funciones más importantes del gobierno están exclusivamente en manos de algunas clases sociales! ¡Desgraciadas esas repúblicas donde sólo gobiernan generales y abogados! El gobierno necesita ideas generales, que sólo dan la ciencia,—muy distinta, por cierto, del ejercicio de las profesiones, por mucho que éstas re-

quieran cierta preparación científica—y el roce frecuente con otras gentes, que facilita el comercio. El gobierno necesita, además, el íntimo y cabal conocimiento de todas las necesidades sociales, que sólo es posible cuando del gobierno participan todos los elementos sociales. El gobierno, que ha de ser acción, necesita la habilidad ejecutiva que en el pueblo cubano echaba de menos un ilustrado general americano, en una ruidosa *interview*; la habilidad ejecutiva, para la cual predisponen más los hábitos de la vida industrial y mercantil que otros ejercicios..... Y en Cuba son extranjeros, en su mayoría, industriales y comerciantes!

De ahí resultan, al par, daño y peligro para el Estado y para esos dos círculos sociales. Y no hablo de la falta de cumplida representación en el gobierno de otro elemento social,—cubano éste en su mayoría,—porque no cabe en mi tema y porque me llevaría al terreno político, sacándome del puramente social: me refiero a los poseedores de la tierra..... Es verdad que no sólo desde el Poder se gobierna: es verdad que toda fuerza social influye más ó menos; y que la vida social es una serie de acciones y reacciones de unos sobre otros; pero esa influencia que se ejerce de lejos, por mucho que se quiera aprovechar y se trate de acrecentarla, nunca podrá igualarse ni surtir los mismos efectos que habría de producir si se ejerciese directamente desde el Poder, aplicado directamente a la satisfacción de determinadas necesidades.....

Pero, señores, ¿por qué los cubanos, en su mayoría, están alejados de ciertos círculos sociales? ¿Por qué no son comerciantes? ¿Por qué no son industriales? Obra ha sido de los tiempos y de las condiciones en que se ha desenvuelto la vida social, durante la época de la colonización española en Cuba. El hecho es ese y precisa que pongamos todos lo necesario para remediarlo.

Poco, casi nada, podrá el Gobierno: poco el elemento cubano. Vosotros, los españoles, sí, mucho podéis. Vosotros tenéis que formar aquí una nueva generación de cubanos comerciantes é industriales. No faltan a los cubanos aptitudes para esos ejercicios; tal vez no les sobre capital; pero sobre todo les faltan hábitos, porque no los han practicado; les faltan relaciones, sin las cuales es imposible entrar en un círculo social nuevo; les falta, además, un medio propicio; y, digamos la verdad, no era propicio al ingreso del cubano en los círculos sociales mercan-

tiles é industriales de Cuba, el espíritu de los que los componían, en tal manera y por tan distintos y singulares motivos—y no sólo por las disensiones políticas—que ni a sus hijos solían dedicar los padres a auxiliarlos y sucederles en sus fábricas, en sus almacenes, en sus tiendas, en sus escritorios, llevándoles con preferencia a otros ejercicios, a las profesiones llamadas liberales.

Conviene que esto cambie, para bien de todos. A vosotros toca la principal parte en la necesaria transformación. Llamad a los jóvenes cubanos, a los familiares y a los extraños, a participar de vuestros trabajos. Sean vuestros dependientes, vuestros auxiliares, vuestros socios. Tomadlos a vuestro lado para las funciones sociales que ejercéis. Y no temáis que su concurrencia perjudique las esperanzas y el porvenir de los deudos y los amigos, presentes ó ausentes, a quienes querráis emplear y favorecer; en períodos de renovación social y política como éste se activa siempre, y en Cuba se activará notablemente, el movimiento industrial y mercantil. Para todos habrá trabajo; para todos habrá pan.

Pensad, además, que si hoy sois vosotros los que formáis, casi exclusivamente, los círculos sociales de que hablo, mañana no estaréis sólo en ellos; se avecina, ya está iniciándose, una competencia que llegará a ser formidable: la de los extranjeros, la de los verdaderos extranjeros!

Esa competencia podrá ser trascendental y traer árduos problemas en el terreno social y político, tanto más cuanto que no sólo se dirigirá a la industria y al comercio, sino también a la tierra. No hablaré de este aspecto del caso, porque me llevaría muy lejos. Pero sí os diré que entre los amenazados por aquella competencia estaréis vosotros, los comerciantes y los industriales españoles. Preparaos: tomad posiciones. Que vuestros intereses lleguen a ser intereses cubanos en todos sentidos, y a alcanzar, por medio de los cubanos, justa participación en el gobierno, en la formación de las leyes, en el establecimiento de los impuestos. No serán necesarias tantas exposiciones, tantas gestiones de los Centros fabriles y mercantiles; voces cubanas serán las que más altas resuenen pidiendo protección y auxilio á intereses cubanos!

Pero otra función tal vez más importante ha de desempeñar la colonia española en Cuba; una función de cohesión social. La cuestión de Cuba hoy, tal cual la han planteado los últimos acontecimientos, está compuesta de tres problemas distintos: un

problema de vigor económico, respecto del cual tienen aplicación las consideraciones que he hecho anteriormente; otro, de habilidad política, a propósito del cual no he de decir una palabra, porque en este lugar no puedo hacerlo; y en fin, un problema de persistencia social.

Un pueblo dura y persiste en cuanto persisten las causas que producen, en el desenvolvimiento histórico de la humanidad, la creación de nacionalidades; causas del orden material, causas del orden moral; la comunidad del dominio y de la residencia en un territorio; la comunidad de la sangre; la comunidad de las condiciones de vida; la comunidad de ideas, de sentimientos, de costumbres, de afectos, de aspiraciones, de religión, de lengua.

Una nación, para ser tal y subsistir, ha de ser antes que todo, y sobre todo, al decir de un eminente sociólogo, una conciencia y una voluntad. Donde no hay la conciencia de la existencia propia y de la personalidad propia, característica, distinta de todas las demás, dotada de un propio modo de ser, donde no hay esa conciencia o donde no hay esa voluntad, la firme voluntad de conservar la propia personalidad, esa personalidad muere.

.....

No es esto decir, por cierto,.... que para conservar la personalidad de un pueblo haya que levantar una muralla de China y resistir toda influencia del extranjero.....

.....

Aquí, más que en cualquiera otro pueblo de América, se nos impone poderosa é incontestable una influencia extraña. Están a nuestras puertas los Estados Unidos, una de las grandes naciones de la tierra, uno de los soberanos de la creación. Merced a ellos se ha establecido el nuevo régimen, la República independiente de Cuba, en cuyo seno vivimos; ellos han ejercido nuestro gobierno durante algún tiempo; a ellos estamos ligados

por lazos estrechísimos; y ese pueblo está, como tal vez ningún otro, predestinado a grandes expansiones y grandes empresas.

.....

Y ese pueblo con ese espíritu progresivo y esa energía pasmosa, está montado sobre el lomo del planeta, como un Atlas que, cansado de llevar sobre sus hombros el globo, se tendiese sobre él a descansar; extiende sus manos y alcanza al polo allá en las remotas soledades de Alaska; con uno de sus piés toca en Puerto Rico, en el corazón del trópico, junto a las tierras de la América meridional; con otro llega a Filipinas, junto al viejo Oriente, que está llamado a próximas colonizaciones; abarcan a uno y a otro lado sus miradas los dos extremos del viejo continente; báñase en los dos grandes océanos y pronto horadará las tierras que los separan y cruzarán de uno a otro sus escuadras. En su inmenso territorio ese pueblo ha realizado la maravilla, hasta ahora jamás vista, de levantar en poco más de un siglo una población de 80 millones de hombres, llenos de ideales, llenos de aspiraciones, llenos de energías, y ha creado tal riqueza, que toda descripción de ella parece obra de fantasía, cuento de hadas. ¿Quién pensará en Cuba resistir en adelante la influencia de los Estados Unidos? No seríamos hábiles si no aprovechásemos en nuestro beneficio los resultados que den sus esforzadas tentativas; pero seríamos insensatos si al aprovecharlos para mejorar y aún para transformar, en mesurada evolución, nuestra existencia social, sacrificásemos irreflexivamente cuanto le es especial, cuanto nos dá personalidad propia, cuanto es fundamento y condición de nuestro organismo nacional, y hace de nosotros un pueblo distinto, llamado a vida distinta y como distinta independiente, pues si dejáramos de serlo, no tardaría la muerte, en la que desaparecería nuestra personalidad.

Hace años, en una de las conferencias que el Ateneo de Madrid dedicó al problema colonial contemporáneo, empeñado yo, como todos mis compañeros, los diputados cubanos, en la tarea de dar a conocer al pueblo de la Metrópoli el de Cuba en lo que tenía y sigue teniendo de más hermoso y simpático, y tratando de demostrar sus aptitudes para la vida pública y su espíritu progresivo, hube de hablar de su extrema plasticidad. Pocos pueblos hay que tengan la plasticidad del cubano; pero

esa facultad de adaptación es preciso que se contenga en justos límites y que no llegue a convertirse en inconsistencia, si no ha de derivar de una buena cualidad un pernicioso defecto.

De esa extrema plasticidad nacen tendencias que podrían ser perjudiciales al mantenimiento de nuestra personalidad social; y a ella se unen, para aumentar la actual importancia de aquella condición nuestra, en relación con la situación creada y con el porvenir, algunas circunstancias a cuyo estudio he de renunciar, aun siendo muy pertinente, por no prolongar demasiado este discurso, pero de las cuales haré una ligera indicación.

¿Cómo desconocer el vigor con que actúa entre nosotros, un intenso *americanismo* desarrollado, ya por el deslumbramiento con que a muchos ciega la gran civilización americana, ya por las vivas simpatías nacidas en una larga emigración, ya por la ayuda prestada por los Estados Unidos a la Revolución separatista? ¿Cómo no advertir la fuerza que en muchos espíritus tiene el idealismo de las escuelas revolucionarias, latinos como somos, e hijos, como todos los latinos, de la Revolución francesa? ¿Cómo no ver la impaciencia que a tantos domina por encarnar en leyes y en instituciones, ya el espíritu *americano*, ya el espíritu revolucionario, sin esperar siquiera a que se haya fortalecido y normalizado, tras la sacudida que ha sufrido, nuestra vida social? Por otra parte, toda gran perturbación social lleva consigo elementos de disolución, más o menos vigorosos; y el estrecho contacto de dos civilizaciones en un territorio produce un trastorno de ideas en cuantos no estén bien dotados de un firme criterio con que discernir entre antiguas y nuevas condiciones, antiguos y nuevos espectáculos y para comprender la relatividad de todas las cosas humanas.

En momentos transcendentales de su vida conviene que los pueblos, como los hombres, se recojan en sí mismos y se conozcan. Y bueno sería que los cubanos hiciésemos examen de conciencia, que nós diésemos cuenta de nuestras cualidades, de nuestros defectos, de todas nuestras propensiones y tendencias; y que nos sirviese este conocimiento para una feliz orientación y una provechosa conducta!

No insisto, a mi pesar, en los puntos que rápidamente he tocado; y también a mi pesar diré muy pocas palabras de otro, que se relaciona igualmente con el problema de nuestra persistencia social, y con la acción de los españoles en Cuba. Me refiero a la falta de afectuosa intimidad entre el espíritu cubano

y el espíritu español. La cultura cubana, como reciente, es una cultura limitada en su contenido: podría aumentar su valor social y su fuerza cohesiva la cultura española, si como propia la considerasen todos los cubanos e inspirase a todos el amor que inspiran las cosas propias. Pero no sucede así. Los franco-canadenses han conservado durante más de un siglo el espíritu francés, sometidos a la soberanía británica y aún, al fin, satisfechos de ella. Pero cuando pasó el Canadá de la corona de Francia a la de Inglaterra, no había entre sus hijos y su antigua metrópoli un abismo como el que separaba de España a la Revolución cubana: y la cultura francesa, tan general y comprensiva, tan atractiva y tan brillante, continuó ejerciendo en los canadenses soberano imperio. En Cuba, en cambio, ha encontrado el nuevo régimen divorciada de España en el orden de los afectos, a una gran masa social; y la cultura española, aunque espléndida y gloriosa en algunas de las más altas y hermosas manifestaciones del espíritu humano, insuperable e insuperada en ellas, no es tan comprensiva que pudiera bastar para alimentar a un pueblo moderno, como no basta, en muchos ramos, por ejemplo, en las ciencias físicas y en la industria, a alimentar y satisfacer a los mismos españoles..... Estas y otras causas que omito,—porque es ya muy tarde,—explican el fenómeno social de que hablo y que es un dato que importa también apreciar, en cuanto toca al problema de la persistencia de nuestro tipo social. ¿Qué más diré? ¿Recordaré que hasta nuestra lengua, háblanla muchos con increíble descuido, y con indiferencia y con despego miran cómo se deforma, se desarticula, se corrompe, se depaupera?.....

Pues bien, españoles de Cuba; vosotros estáis llamados a reforzar los vínculos que han de unir a pueblos de la misma sangre. En Cuba, más afortunada que las repúblicas hermanas de América, no ha seguido a la independencia un éxodo de españoles. Aquí estáis, aquí sigue ejerciéndose vuestro benéfico influjo. Queráis o no queráis, de intento o sin él, no por deliberada resolución, sino por vuestra sola presencia,—que no os llamo a acción alguna, ni hago más que consignar un hecho—sois un elemento moderador del movimiento que, bien dirigido y regulado, podrá llevar a Cuba a una útil y gloriosa transformación, y que de ser harto precipitado y violento, podría llevarla a la ruina. En vosotros no actúan los impulsos de que antes hablé: vosotros no tenéis la extrema plasticidad del cubano:

sois, queráis o no,—lo repito—una fuerza social moderadora. De ahí, en cuantos se dan cuenta de la realidad de las cosas, la consciente satisfacción que vuestra presencia les produce: no es sólo el espontáneo sentimiento, es la consciencia reflexiva quien da origen a las nobles manifestaciones que a menudo presenciarnos y al deseo de ver acrecentada la población española por una numerosa inmigración, de la cual nazca mañana, más numerosa, una población cubana.

Por otra parte, y para mayor fortuna, no porque no tengan los españoles de Cuba la extrema plasticidad de los cubanos, deja de animarles y moverles un liberal y progresivo espíritu. Aman más la tradición, pero no son, ni serán nunca, un elemento de reacción. Toda reacción en Cuba es imposible: hay cosas definitivas e irrevocables contra las cuales nadie ha de pensar revolverse. La colonia española de Cuba, además, ya porque en lo general es producto de una selección realizada entre las regiones más adelantadas de la Península, como que procede en su mayoría de las costas, ya también por la influencia del medio, tiene un espíritu más amplio, más abierto que el que prevalece en el viejo hogar de la vieja Europa. ¿No vemos a los españoles promoviendo y apoyando toda empresa útil, noble, generosa? ¿No son ellos los que han erigido este templo?

Y los que forman esta asociación se han distinguido, además, en todo tiempo, por la viva y eficaz simpatía hacia Cuba y los cubanos: aquí se siente muy hondo el instinto de la fraternidad. No hay más que recordar toda la vida, todas las obras del Centro Asturiano.....

.....

Entretanto, perseverad en las tradiciones de esta casa. Españoles, ved en Cuba a una segunda patria. ¿Cómo no ha de serlo para cuantos en ella viven? Terminadas las divisiones que separaron a sus habitantes, la naciente nacionalidad a todos abre sus brazos! Con su constitución nada han perdido, nada han de perder los españoles de Cuba: la transformación política operada ha afectado a ciertos intereses peninsulares, pero de los que en Cuba vivían sólo ha herido de muerte a los burócratas. Los hombres de trabajo,—y lo sois todos,—verán siempre su trabajo asegurado, respetado y remunerado. Y consolidado

el actual régimen, firmemente establecida la República y desenvolviéndose en una existencia ordenada y próspera, quizás llegue un día en que vuestros intereses encontrarán aquí ventajas que no les daba el antiguo régimen colonial.

Por otra parte, la aceptación, franca, sincera, cordial de los hechos consumados, ¿supone acaso humillación ó mezquindad de ánimo? Yo creo que demuestra, por el contrario, grandeza de corazón y alteza de pensamientos. Tienen una peculiaridad, que las distingue de otras, las guerras de emancipación colonial. Hermanos son los que en ellas pelean: trabada la lucha, encónanse los ánimos, arden las pasiones, rigen la ira y el rencor el entendimiento y la voluntad, pierden toda serenidad unos y otros, dominados por las contrapuestas aspiraciones, y en el fragor de la pelea parecen, y creen ser, eternos e irreductibles enemigos los que en la realidad son, y cuando cese la contienda seguirán siendo, hermanos. Mas cuando llega el momento en que se consuma lo inevitable, en que sucede lo que, más pronto o más tarde, no podía dejar de suceder, la emancipación de la colonia rebelde, vuelve la serenidad a los ánimos y cuantos se opusieron a la separación, metropolitanos y colonos, al considerar que la dependencia colonial no podía ser eterna, y que su término es el resultado de leyes naturales, sobreponen a todo sentimiento los que nacen de sagrados amores y de caros intereses. Es la Naturaleza, la sana y pródiga Naturaleza, que, como el arado al volver al campo de batalla, reclama sus fueros, el día de la paz, para continuar us inacabables creaciones!

.....

Cuba es hoy independiente. Españoles de Cuba, amadla, y servidla con amor! Sólo en la independencía hay salvación: sin ella todos sucumbiremos, cubanos y españoles, en la común desventura! Para que vuestros hijos puedan ser cubanos, para que siendo cubanos se sientan también españoles, habéis de ser soldados, vigilantes y resueltos, de la causa cubana!

.....

FRAGMENTOS DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR D. ELISEO GIBERGA,
EN 9 DE NOVIEMBRE DE 1909, EN LA VELADA CELEBRADA POR
EL ATENEO DE LA HABANA EN HONOR DE D. JUAN ANTONIO
CAVESTANY, POETA, SENADOR DEL REINO DE ESPAÑA Y ACA-
DÉMICO DE LA ESPAÑOLA.

SEÑORAS Y SEÑORES:

¿Qué diré para presentaros al ilustre personaje que honra esta noche nuestra casa, si todos le conocéis, como le conocen, desde su primera juventud, todos los pueblos hispanos? Si no supiérais de él, os diría que por sus merecimientos ocupa lugar, bien ganado, en la Cámara en que reúne España a sus próceres; que es miembro de la docta Corporación que en el riñón de Castilla vela por la limpieza, la fijeza y el esplendor del habla castellana: y estos títulos bastarían para granjearle vuestra simpatía y vuestro respeto. Y os diría, sobre todo, que viene de Sevilla: y con ello adivinaríais, si no lo supiéseis, que no es solo académico y senador: que es también poeta.

.....

Pero el señor Cavestany no es solo un poeta. Para nosotros es algo más:

.....

Es un poeta nuestro, porque en nuestra lengua canta.

Es el lenguaje expresión de la vida del espíritu: una lengua común implica comunidad espiritual: y por esto en todo poeta que canta en castellano reconocemos un poeta nuestro los que en castellano hablamos.

El lenguaje ha sido y será siempre lo que más una a los hombres y lo que más distinga a unos de otros. Es algo más íntimo y más fuerte que la misma religión. Siguió a Constantino gran parte del mundo romano, cuando abandonó a sus antiguos dioses por el que murió en la Cruz. Siguió a Enrique de Inglaterra gran parte de sus súbditos, cuando rompió con Roma. Bohemia, Polonia, los Estados alemanes nos muestran pueblos enteros pasando de una religión a otra, y volviendo a la que renegaran, según el vaivén de los sucesos políticos. La religión, en ciertos estados de conciencia, depende de la voluntad individual: pero no el lenguaje. Y es tanta su influencia sobre el espíritu humano, que las lenguas han sido, durante el pasado siglo, y todavía son uno de los elementos más importantes de la política europea, y las que mantienen agitados y revueltos a pueblos que en ellas sienten su unidad moral, y por ellas aspiran a su unidad y personalidad política.

Mientras estuvo sujeta Europa, bajo el antiguo régimen político, a soberanías históricas que descansaban en el derecho divino, en título patrimonial, ó en la conquista, fué posible la unión de distintas razas, en apacible sumisión, bajo un solo cetro. Todos los pueblos debían estar sujetos a señorío: ¿porqué no tendría un mismo señor vasallos de distinta sangre, de distintas lenguas? Nada había en ello que contrariase las ideas dominantes. Pero cuando éstas cambiaron, y los hombres adquirieron conciencia de sus derechos y los pueblos reclamaron su soberanía, y cayeron ó se transformaron, transigiendo con las nuevas ideas, las antiguas Monarquías absolutas, al dejar de reconocer los pueblos como señores suyos con legítimo señorío a los Príncipes,—no es mía esta observación; la encontré en un afamado publicista belga,—los que se sintieron unidos en la comunidad espiritual revelada por la identidad del lenguaje, que se consideró como signo natural de nacionalidades naturales, aspiraron a vivir políticamente unidos entre sí, y políticamente distinguidos de aquellos con quienes convivieron antes bajo un mismo señorío, sin otro lazo que la común sumisión. Y se planteó el problema de las nacionalidades, sobre la base de las lenguas. La unidad del lenguaje fué la que creó la unidad política de Alemania y de Italia. Si no hubiesen conservado lenguas distintas de sus dominadores, no habrían conservado su propia personalidad, bajo el yugo de los turcos, los griegos y los rumanos, los servios y los búlgaros; y no habrían recobrado su

independencia nacional. Las lenguas son las que mantienen bajo los Hapsburgos la lucha de unas nacionalidades con otras. Por conservar su lengua, alienta todavía el alma de Polonia; y es ella el invencible obstáculo que hace inútiles las persistentes y violentas tentativas de Prusia por germanizar sus tierras polacas.

Pocas veces, solo en casos muy excepcionales, debidos a peculiares circunstancias históricas, se mantienen unidas en un Estado, satisfechos y felices, razas que sean extrañas por el habla; y no se concibe desgracia mayor que la de un pueblo sometido a dominadores a quienes no entienda, de quienes no sea entendido, y cuyo solo idioma le recuerde a cada momento, en todos los incidentes de la vida, que no son hermanos, que no es común su pasado, que es distinto su espíritu, que entre ellos es diferente y opuesto todo lo que acerca o aleja espiritualmente a los seres humanos, y que tiene en la lengua su expresión.

Y es que por la lengua, más que por la sangre, se caracterizan las distintas razas humanas. ¿Quién, con el nombre de razas, pretende hablar de pureza de sangre? ¿Quién no sabe que en la maraña de la historia, a través de los siglos y de las emigraciones de los pueblos, se cruzaron éstos de tal modo que no hay nación que de una sangre provenga, ni cabe acaso discernir respecto de ninguna la proporción en que concurrieron a formarla distintas razas históricas? Y sin embargo, los hombres se consideran divididos en razas en nuestros días, como en los primeros días de la humanidad. La lengua común identifica de tal modo a todos los que la hablan, dentro de una nación, o en distintas naciones, que se consideran y se llaman miembros de una misma raza.

No tiene un solo origen, sino que procede de muy distintos troncos, la familia hispana, que llamamos latina. A los antiguos pobladores de Iberia uniéronse y mezcláronse, en unas u otras regiones de la Península, innumerables avenidas de fenicios, cartagineses, griegos, romanos, godos, francos, suevos, celtas, árabes, africanos; ¡qué sé yo cuántas gentes y cuántas razas! Tal vez, etnológicamente, no sean los latinos los que más sangre pusieron en la fusión de que nació el pueblo español. Pero su cultura, y con ella su lengua, prevaleció sobre todas, y fué la raíz de la nuestra; y latinos se llama a todos los españoles. Así en América se ha mezclado y se mezcla en unos pueblos la sangre hispana, y en otros la anglo-normanda, con la de indígenas e

inmigrantes, sin que esas mezclas alteren la unidad fundamental de cada grupo humano: la mantiene el lenguaje común.

Sólo al perder su lengua propia pierde un pueblo su personalidad histórica. Y con razón ha dicho un profesor español que “ la independencia de las naciones, su valer en la Historia Universal, la individualidad con que pueden seguir mostrándose como factores útiles a la civilización.... depende en gran parte del cuidado con que se conserve la pureza de los idiomas, porque una vez alterados éstos, no es difícil prever que se alterará el pensamiento de la nación, y su vida será presa de todos los incidentes y vicisitudes de los tiempos. ”

Cuba, por fortuna, ha amado hasta aquí su lengua, como la ama toda la América española, en la cual tiene tanto arraigo como en la misma España. Y si no llega a igualar su florecimiento en América al que en España ha alcanzado, sorprende y admira por su grandeza y su brillo, al considerar que son los americanos pueblos en formación sobre tierras nuevas, de poca estabilidad social, no bien asentados en lo político, ni llegados al reposo y madurez que permiten las grandes expansiones del pensamiento nacional. Y a pesar de ello, poetas y prosistas han dado América a nuestra lengua,—¿para qué citar nombres, si todos los conocéis?—que rivalizan con los más ilustres entre los maestros peninsulares de los tiempos pasados y de la edad actual.

No solo conserva América su lengua castellana: la enriquece con numerosa copia de provincialismos,—dicho sea en el sentido literario, en el cual es cada región una provincia de la lengua común, por los dos continentes extendida;—y no solo la enriquece, sino que contribuye a guardar su pureza y su riqueza. La lengua castellana ha sentido grandemente, acaso ha sentido demasiado en España, desde hace dos siglos largos, la influencia francesa: ¿cuántos vocablos ha olvidado, allí reemplazados por vocablos franceses, pero que se mantienen vivos en América, menos sensible a aquella influencia, por la mayor distancia y la menor comunicación! Sería un estudio curioso e interesante el de las voces y giros, arcaicos y desusados en España, que en América siguen en uso, y que al aumentar en los últimos años la comunicación entre ambas regiones, van restituyendo sus fieles depositarios del nuevo continente al tesoro de la lengua común, empobrecido en el viejo. En el interior de algunas Repúblicas,—yo he podido observarlo, sobre todo en el trato con

centro-americanos, colombianos y venezolanos,—en los lugares alejados de la costa y que apenas tienen comercio intelectual, ni aún otros comercios, con el exterior, se habla todavía un castellano que por su léxico, por sus giros, por su sintáxis, recuerda el del siglo XVII; y todos conocéis prosistas americanos cuyo lenguaje y estilo los acercan más a los clásicos que a los prosistas españoles de nuestros días.

Pero debemos reconocer y confesar que hay también naciones americanas en las cuales, tal vez por las grandes inmigraciones que han recibido y reciben, se tiene en poca estima y en lamentable descuido la pureza del idioma. En Cuba, por lo menos, aunque por otra causa, por la poderosa y enérgica influencia norteamericana, tiende por flaqueza o por desidia nuestra a corromperse con perniciosas mezcolanzas, a desnaturalizarse y desintegrarse por la adopción de exóticos giros, y a depauperarse por el olvido de giros y vocablos castizos, a los cuales van eliminando poco a poco los extraños; y es tal la fuerza de la corriente que ha invadido a esta sociedad, y tan débiles las resistencias que encuentra, que no podemos sustraernos a una penosa impresión los que seguimos amando apasionadamente nuestra lengua, por ser nuestra, por ser cual es, y porque creemos que en ella radica la mayor fuerza, y es ella tal vez el mayor amparo de nuestra naciente nacionalidad.

No es que para conservar la pureza de una lengua se deba guardar, como en arca cerrada, en ariscos aislamientos de toda influencia extraña. Las lenguas, como todo lo que vive, han de evolucionar; han de seguir al tiempo en su continuo mudar y progresar. Solo un instinto suicida podría sugerir a la mente de un loco la pretensión de mantenerlas inmóviles, inmutables, como petrificadas: que solo podría ocurrir tal cosa cuando el pensamiento de una nación se atrofiase y se estancase. Pero importa que en las evoluciones de un idioma se guarde cuanto le sea esencial y propio, ya en su constitución interna, ya en sus formas; que se enriquezca, sí, que se adapte a nuevas condiciones de vida, cuando varíen las antiguas, pero sin desnaturalizarla ni deformarla.

Veamos, pues, por la pureza de nuestra lengua. Será obra de consistencia social, obra patriótica en un superior sentido de la palabra, la que al mantenerla realizaremos, porque la pureza de la lengua contribuirá a mantener la cohesión de nuestro espíritu. Acojamos de todo corazón, apoyemos con todo empeño

cuantas iniciativas tiendan a aumentar el comercio espiritual entre los pueblos hermanos, lo cual,—dicho sea de paso y sin insistir en ello, porqué demasiado he abusado de vuestra atención,—nos proporcionará otra superior ventaja; la de que el mayor comercio hará más igual en ellos la evolución de la lengua en los tiempos venideros, y convirtiéndose a su vez esta igualdad de efecto en causa, aumentará el comercio de que haya procedido, y no solo se enriquecerá el idioma común con los aportes de todos los pueblos que lo hablan y cultiven, sino que se afirmará y fortalecerá la comunidad espiritual entre ambos hemisferios.

¡Bendita sea, pues, la empresa a que se dedican esos ilustres españoles, como Rahola y Zulueta y Blasco Ibáñez, que visitaron hace poco las Repúblicas del Plata; como Altamira, que recorre actualmente todo el continente; como Cavestany, a quien hoy festeja el Ateneo. ¡Bienvenidos sean a tierra de América! Y bendita la lengua que une a tantos millones de hombres en tan distintos y remotos países, y a la cual tanto debemos los que la hablamos; que fué el instrumento que permitió a nuestros antepasados crear y extender por dos mundos la civilización española; y que está dotada de tantas y tales excelencias que no puede decirse de ella, como de algunas se ha dicho, que sea lengua de damas o de varones, o de dioses, de amores, o de combates, de pasiones, o de ideas, porque lo mismo expresa lo dulce que lo grave, la ternura que la fuerza, la sublimidad que la sencillez, los afectos que los pensamientos; y es tal, en fin, por bella, por noble, por abundante y por armoniosa, que a veces,—perdonadme si acaso creyérais exageradas mis palabras, y pensárais que al lado del señor Cavestany me he vuelto algo andaluz,—que a veces, digo, imagino que allá, en la altura, más que en los solemnes exámetros griegos y latinos y en los jubilosos coros de querubes y serafines, ha de gozarse el Padre universal oyendo, en habla castellana, no ya las dulces querencias de Teresa, la de Avila, y las acordadas estrofas de Tula, la de Camagüey, sino los récios acentos en que rememoran sus campañas los guerreros de nuestra raza, desde Gonzalo de Córdoba y Hernán Cortés, hasta Máximo Gómez y Vara del Rey!

He dicho.

FRAGMENTOS DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR D. ELISEO GIBERGA,
EN 25 DE FEBRERO DE 1910, EN LA VELADA CELEBRADA POR LA
COLONIA ESPAÑOLA DE CUBA, EN EL TEATRO NACIONAL DE LA
HABANA, EN HONOR DEL CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE
OVIEDO, D. RAFAEL ALTAMIRA.

SR. PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA :

SR. PROFESOR ALTAMIRA :

SEÑORAS Y SEÑORES :

La Colonia Española de Cuba me ha dado el encargo de contestar, en su nombre, al saludo del sábio maestro, del egrégio orador, del hombre de corazón que es hoy huésped de honor y huésped amado de la República. Bien hubiera yo querido declinar ese encargo, porque,—lo diré con toda franqueza,—por mucha que sea la modestia de un hombre, nunca puede serle grato ostentar, públicamente y ante todos, su pequeñez, poniéndola en parangón con la grandeza de otro: de uno de esos hombres superiores que por el vuelo de sus ideas suelen ser comparados con las águilas; pero a quien, por el vigor de su mente, y por ser un español, yo prefiero comparar con un león.

.....

Vengo, pues, a cumplir con el honroso encargo; y al dirigirme al Maestro en nombre de la Colonia Española, cúmpleme,—después de darle la más calurosa bienvenida, y de enviarle con el pensamiento los abrazos de mi afecto,—cúmpleme dar testimonio de los sentimientos que despierta en todos sus com-

patriotas, y decirle en nombre de todos ellos, cuánto es el amor, cuánta la veneración, cuánto el orgullo en que los enciende.

.....

Despertáis también en vuestros compatriotas un vivo sentimiento de confianza en el porvenir! ¡Extraordinaria fecundidad de la propaganda de la Universidad de Oviedo! ¡Cómo una idea y un propósito pueden revolver y enardecer tantas almas, pueden agitar tantos pensamientos! ¡Sabéis por qué, Señores? Porque no es obra política la de la Universidad ovetense y la de sus cooperadores; es obra docente, educadora y puramente universitaria, pero con raíz tan honda en el corazón, que tiene la fuerza que sólo alcanzan las cosas que antes de llegar a la mente se templan en los corazones. No es obra política, digo: y suponerlo sería agraviar la altura del pensamiento de aquellos profesores. ¡Qué le importa a la Universidad de Oviedo de la política cubana, o de la política argentina, o de la política mejicana? Podrá, quien quisiese atender, no siquiera a las necesarias y próximas y directas, sino a las eventuales, posibles y remotas consecuencias; podrá ver en ella,—si acaso,—¿cómo encontraré la palabra?—una excelsa super-política de pura ideación; pero si toda idea, por ser idea, es virtualmente trascendental, de la trascendencia que en la realidad práctica pueda tener, no se preocupa el propagandista, como el filósofo no se detiene en sus especulaciones a pensar en las interpretaciones que puedan dar algún día a sus doctrinas sus discípulos; como la nube no cuida de averiguar a dónde llegarán las lluvias que derrame y cuáles serán las plantas que hagan brotar de los gérmenes.

¿Es sana la doctrina? ¿Es virtud, es amor, es verdad? A eso atiende el pensamiento del sembrador; lo demás, será cosa de otros; á él no le toca más que abrir el surco y sembrar. Siembra en dos campos la Universidad ovetense. Siembra en dos campos: en España y en América.

Por lo que hace a España, ni formas de gobierno, ni contrastes de ideas políticas, ni conflictos sociales o económicos, ni contiendas locales o de partidos, nada de esto preocupa a aque-

llos pensadores: ellos van a la misma base de toda obra social, a la conciencia y a la voluntad; y al considerar las condiciones que impone a las sociedades humanas la moderna civilización, por los conceptos que la rigen, por las direcciones que le trazan y por el carácter que le dan, esfuérganse en trabajar sobre el pensamiento y sobre la voluntad de España, para que no quede rezagada en el incontrastable movimiento universal, fuera del cual, si no participase de él, pudiera ser arrollada por el avance de otros pueblos. Y España avanza también, alta la frente, animoso el pecho, puesta, como la ponen los otros, la mirada en el porvenir.

Pero también a América se extiende la propaganda de la Universidad de Oviedo y la de sus colaboradores.

Fué España un nuevo Briareo, cuyo cuerpo cubría gran parte del planeta. Tenía en Europa cincuenta cabezas en sus cincuenta provincias; y á través de los mares se extendían hasta las más remotas zonas sus cien brazos, sustentando una espada cada uno, y sobre cien colonias pesaban las cien espadas. Y era tan noble y tan vigorosa la sangre del gigante que, cuando pura, dió vida a un Bolívar, a un San Martín, a un Agramonte, y cuando mezclada a un Juárez, a un Maceo, a un Rizal.

Rindió a aquel cuerpo su misma grandeza. Las colonias son naciones independientes; pero la sangre es la misma; y a igual sangre igual espíritu. Y los pensadores de la raza en ambos continentes preocupan y afánanse por aumentar su vigor, su fortaleza y su representación, estrechando los vínculos que unen a sus distintos miembros, poniéndolos en tan íntima comunicación, que cada día sea más común a todos lo de cada uno, hasta el punto de que no lleguemos a acertar de dónde viniere cada una de las ideas y cada uno de los sentimientos que a todos animaren; pero manteniendo, en medio de tal intimidad y de tal compenetración de los unos con los otros, la espontaneidad y la personalidad de cada nación, de suerte que lejos de sentirse menguada por la augusta sombra de España, se sintiese más fuerte en cada uno de los pueblos de América su propia autonomía nacional.

Así podrán formar en América los pueblos hispanos una Magna Hispania, como fuera de la Hélade se formó una Magna Grecia, que la ayudó a difundir el espíritu heleno por todas las playas de Europa, Asia y Africa, y a preparar la unión de las

gentes en el regazo de Roma, bajo el cetro de los Césares y el cayado de los Pastores. Así también, conservándose en América el espíritu hispano, y repartidos como están el continente y las islas entre dos razas ilustres, que han creado dos grandes civilizaciones y han sido faros que han alumbrado y seguirán alumbrando a la humanidad; así también, como anunciaba la otra tade el Maestro en el paraninfo de la Universidad, podrá ver el porvenir una conjunción, una síntesis de ambas razas y ambas civilizaciones, que complete con los de cada una los elementos de la otra y resuelva en una armonía superior sus divergencias: y de esta suerte podrá América, y por medio de América la humanidad entera, alcanzar las glorias y las grandezas de una civilización más amplia y más completa. Pero sólo la harán posible la perduración y el vigor de la personalidad y el espíritu propio de una y otra raza, la ibérica y la británica.

Por esas íntimas compenetraciones, por esas hipóstasis en que se funden las idealidades, los conceptos de vida, los sentimientos de distintos pueblos; por la comunicación del acervo de unos con el de otros, es como ha realizado la humanidad los mayores avances que registra la historia. El aislamiento es estéril; sólo es fecundo el amor, que es la fusión de los cuerpos y las almas. Y es obra de armonía y de progreso, es obra de fraternidad humana y de enaltecimiento humano la que han de realizar, y que creo que realizarán en América, el día en que se unan sus espíritus en una gran síntesis, las dos grandes razas que la pueblan.

¡Felices y gloriosos tiempos los que esperan a Cuba si acierta a tomar en esa magna obra la parte que le corresponde! Porque esta Isla, la más hermosa de cuantas besan los mares; la que cantan por sus bellezas los poetas, y admiran por su heroísmo los guerreros; la que fué durante un siglo, desde que España perdió el continente, fascinación del pueblo español, y preocupación del vecino pueblo norteamericano; esta Isla, si acierta a conservar su personalidad y a mantener y vigorizar su espíritu, ha de ser, por sus peculiares circunstancias, el ara bendita en la cual, en el centro del Universo, se celebren las nupcias de dos civilizaciones.

Pero esas nupcias requieren dos personalidades. Y he aquí por qué, a la par que a los españoles, dan aliento y esperanza a los americanos y entre todos los americanos, a los cubanos, la obra y la propaganda de la Universidad ovetense. Vigorizar y

magnificar el espíritu de nuestra raza, es prepararle, es asegurarle un glorioso porvenir.

.....

Pronto volveréis al seno de la Madre Patria; habréis pasado por nuestra tierra como por el cielo un arco-iris, signo de bonanza después de la tempestad; luminoso y brillante, pero fugaz! Así los vaivenes de la vida van sucesivamente confortando y desgarrando los corazones: hoy, apretaros en nuestros brazos; hoy, estrecharos a nuestros pechos; daros nuestro calor, y sentir el vuestro..... ¡mañana, veros partir!

Como Júpiter fecundó a Leda, bajo las alas de un cisne, vino un día sobre América el espíritu español, envuelto en las blancas velas de las navecillas castellanas, que fueron los primeros cisnes que bogaron por nuestros mares. De aquel advenimiento, nacieron estos pueblos que estáis recorriendo en triunfo... Cuando volváis a España, querido maestro, a la par que los mensajes de añoranza que para ella os encomienden sus hijos, llevadle también el mensaje de nuestra América; decidle que no ha olvidado, decidle que no olvidará jamás las carabelas de Colón.

He dicho.

ARTÍCULO PUBLICADO EN EL NÚMERO EXTRAORDINARIO, DEDICADO
Á LA REPÚBLICA DE CUBA, DE LA REVISTA "MERCURIO", DE
BARCELONA.

EL HISPANISMO Y EL AMERICANISMO EN CUBA.

Propónese MERCURIO dar a conocer a sus lectores de España y de América la joven República Cubana, y no sería bien conocida si no se tuviese idea de las corrientes de opiniones y sentimientos que en ella existen y de un importante problema sociológico que habremos de resolver los cubanos, so pena de que, en defecto de nuestra solución, si no se la diésemos, no nos sea acaso favorable la que le den el tiempo o el azar. Me refiero a los debates que sostienen *hispanizantes* y *americanizantes*, según los nombres que dan unos a otros, y éstos a aquéllos, entendiendo la última palabra en el impropio, pero corriente sentido, consiguiente a la apropiación que del nombre de América, por falta de denominación nacional, han hecho los ciudadanos de los Estados Unidos para designar a su nación.

Todos o casi todos, admiten en Cuba la hegemonía política de los Estados Unidos, resultante de la guerra de 1898 y consagrada por el tratado permanente de 1903; todos aceptan su gran influencia económica, y dentro del orden general económico, su preferente condición en las relaciones mercantiles, establecida por el vigente tratado de reciprocidad. Nadie piensa en establecer de nuevo relaciones políticas entre Cuba y España. Falta base para toda influencia económica de la antigua metrópoli; aún bajo el régimen colonial fué insignificante, por no decir nula. Y en cuanto a las relaciones mercantiles entre ambos pueblos, no hay quien no se dé clara cuenta de que no han de poder mantenerse sino con forzosa subordinación a las de Cuba con los Estados Unidos, y sin detrimento de ellas, no sólo por razón de su hegemonía política, sino porque son el mayor

mercado de nuestros productos, que de él necesitan de modo imprescindible.

No se refiere, pues, a estos órdenes la oposición entre *hispanizantes* y *americanizantes*. Versa sobre otro orden: el espiritual o psicológico. Y para esclarecer y precisar cual sea, recuérdese que no hay sociedad humana que no tenga un espíritu propio, una psiquis social, según la expresión de Bunge. “La comunidad de origen y de intereses—dice este publicista,—la costumbre de la larga convivencia, las tradiciones, la lengua, las artes, la semejanza étnica, todo forma y arraiga, en las grandes colectividades humanas, un fondo psicológico común, un espíritu colectivo.....” Y cuando por virtud de la colonización ha poblado una nación lejanas tierras, y llegan a formar naciones las colonias, en medio de las variedades consiguientes a la diversidad de circunstancias geográficas, históricas, políticas, sociales, y al distinto desenvolvimiento de las nuevas sociedades, mantiénesse cierta unidad espiritual entre ellas y la nación colonizadora. A la larga podrá destruirla el tiempo; podrá producirse una nueva psiquis social; pero mientras dos pueblos no se sientan extraños uno a otro, ello revela que en lo fundamental perdura la unidad espiritual, la psiquis común.

Tal ocurre en Cuba con relación a España. Tiene un espíritu colectivo que de España recibió, y en medio de las diversidades locales, se reconoce fundamentalmente semejante al español. Por esto, con tanta propiedad como el de hispanismo, podría darse el nombre de cubanismo a la aspiración de mantener en Cuba la intimidad espiritual con España, que tiende a asegurar la persistencia y vigor de la psiquis cubana, cual ha sido hasta aquí y es todavía actualmente.

Sobre ella está actuando enérgicamente la psiquis anglo-americana. Y también admiten todos en Cuba su influencia sobre la sociedad cubana y sobre los cubanos individualmente considerados; como que es una realidad que se impone y contra la cual fuera inútil resistirse. Es natural consecuencia de la situación creada en Cuba, y todos sienten esa influencia, parecida a la de la atmósfera, a la cual nadie puede sustraerse.

Pero los *americanizantes*, no solo la aceptan con pleno agrado, sino que a ella se abandonan por completo y sin reservas, cooperan a su extensión, le facilitan el camino y se esfuerzan en remover de él todo obstáculo. Y, al efecto—y no con miras de orden económico,—procuran quebrantar la gran influencia

social que, por su potencia económica, ejercen los españoles residentes en Cuba, que son, en el seno de la sociedad cubana, un poderoso elemento de cohesión espiritual y social.

Pero, si es evidente que aspiran los *americanizantes* a mantener y vigorizar la influencia angloamericana en las ideas, los sentimientos, los conceptos morales y sociales, el régimen político, las instituciones civiles, las costumbres públicas y privadas, en una palabra, en todo lo que influye como causa o depende como efecto de la mentalidad o la emotividad de un pueblo o de una raza—hablo de raza en sentido sociológico—¿aspiran a que sea tan absoluta y exclusiva aquella influencia que toda otra desaparezca? Por mucho que exageren en el ardor de las polémicas, que impide a menudo la serenidad de la reflexión; por muy desdeñosos que sean del espíritu hispano, cuya mentalidad y emotividad consideran deficientes y mal dirigidas, y de la civilización hispana que les parece muy inferior y de muy baja ley, ¿abrigan los *americanizantes*, como a veces parece, oyéndolos o leyendo sus escritos, el deliberado intento de ahogar en la psiquis cubana todo elemento español e infundirle la mentalidad y la emotividad angloamericanas? Por muy gratas que les sean las costumbres, las ideas, las instituciones políticas y civiles de los angloamericanos; por mucho que procuren hacerlas amables a nuestro pueblo, y moverle a adoptárlas, y apartarle en lo posible de toda conexión espiritual con España, ¿acaso intentan, creyéndolo hacedero, infundirnos un alma nueva, que de extraña se nos hiciera propia? Tengo para mí que en los *americanizantes*, o en los más de ellos, van más lejos las palabras que las ideas y los propósitos.

Y después de todo, no sería extraño que así fuese, porque aún, en el debate entre ellos y los hispanizantes, no se ha llegado a la precisión y concreción necesarias para la clara y perfecta distinción de las ideas; y en muchos no es la reflexión, sino el sentimiento quien determina sus respectivas ideas, por razón del estrecho enlace en que se mezclan y se influyen mutuamente en el espíritu humano las ideas y los sentimientos. Aún en aquellos en quienes no nacen las suyas de fuente puramente afectiva, los sentimientos tienen parte principal en sus actitudes, porque si no producen sus ideas, las exageran, y a veces las desvían de su curso natural; o contribuye a decidirles, tanto como las ideas o los sentimientos, un fin político de actualidad que no recatan. En su edición de hoy declara un periódico de esta

capital que no siendo “enemigo de España ni de los españoles que aquí en Cuba residen”, sí lo es “de los españoles que, sin haber perdido su carácter de tales, pretenden intervenir o intervienen en nuestras cosas, con el único y exclusivo objeto de impedir que Cuba figure en el lugar que le corresponde gracias a su estado de pueblo libre y democrático”; y que “ha combatido, combate y combatirá á los españoles que, lejos de confundirse en nuestra nacionalidad, amoldándose a las costumbres de la República, atacan sin piedad nuestros errores, añorando a cada paso la desdichada época colonial”.

En oposición a los *americanizantes*, los *hispanizantes*, creyendo que ante la enorme influencia angloamericana sobre todos los órdenes de la vida colectiva de Cuba y la individual de los cubanos, y dadas la poca consistencia y la actual desorientación del espíritu cubano y la debilidad de nuestro naciente Estado, sólo podrá mantenerse su independencia mediante la cohesión espiritual y social de la sociedad en que descansa y a cuya vida preside, y temiendo que se quebrantará esa cohesión si en frente de la psiquis angloamericana no se mantiene enérgicamente la propia individualidad espiritual de Cuba,—de España recibida,—quisieran conservar y aumentar la intimidad espiritual de Cuba con España y los demás pueblos hispanos, y moderar, en lo posible, la influencia espiritual angloamericana. No caen en el delirio de oponerse á ésta, de pretender anularla. ¿Para qué, después de todo, si la comunicación entre distintas civilizaciones fué siempre favorable al progreso y a los pueblos que la tuvieron, cuando no la acompañaron circunstancias que produjesen la ruina de una de ellas y la pérdida de sus elementos? Pero para evitar que la influencia angloamericana, si llegare a ser exclusiva o excesiva, anulare algún día el espíritu propio del pueblo cubano, propónense los *hispanizantes* moderarla, condicionarla, someterla, en lo posible, á un criterio nacional racionalmente formado; fijarle límites de extensión y de grado. Temen que si fuese exclusiva o siquiera excesiva y no contrastada por otra influencia, pudiese deformar el espíritu cubano, debilitarlo, *desorganizarlo*, y destruyendo su unidad interior llenarlo de contradicciones que lo reducirían a la impotencia e impedirían que conservase la enérgica y fecunda potencia espirial necesaria para sostener la nación que en ella pudo fundarse. Y como medio de fortalecer el espíritu cubano, aceptan gustosos, y quieren mantener los *hispanizantes*, la influencia

económica y social de los españoles residentes en la Isla, ya por ser, como advertí, un poderoso elemento de cohesión social y espiritual, ya porque la riqueza de ellos ha de convertirse en riqueza cubana en sucesivas generaciones.

Tales divergencias separan a *hispanizantes* y *americanizantes*. Pero en sus continuos debates no suelen hacerse ostensibles, porque raras veces versan sobre ellas; raras veces se ha presentado el problema directamente y de frente, como materia de estudio científico y llamando hacia él la opinión general en condiciones propicias a la formación de un criterio y a la orientación de la vida nacional. Muchos de los que contienden ni tienen conciencia del problema a cuyo alrededor dan vueltas y con el cual se relacionan sus discusiones, generalmente contraídas a hechos particulares o cuando más a las cualidades y defectos de las razas ibérica y británica y de las respectivas civilizaciones. Ponderan unos todo lo americano y ven con rencor o con desprecio todo lo español. Para otros, al contrario, es detestable y vitando todo lo que venga del Norte, y comentan con acrimonia cuanto en el Norte ocurre. Se ha fusilado a un cabo de mar de la *Numancia*, reo de un delito militar, y aún sin esperar noticias detalladas del suceso, claman unos: ¡qué barbarie la de España! Linchóse en Oklaoma á un negro que había ultrajado a una blanca, y dicen otros: ¡qué bárbaros son los yanquis!.... Y con tales cosas se llenan las columnas de algunos periódicos, y tales cosas son tema de muchas conversaciones. Pero, ¿qué orientación conviene que siga el espíritu cubano, dadas las condiciones en que está Cuba, para arraigar y consolidar la independencia nacional? Este es el problema.

Si se descartasen del debate los apasionados sentimientos que lo enardecen y lo envenenan; si se distinguiese el problema de orientación espiritual de que trato, del de la actuación política de los españoles residentes en Cuba y no naturalizados, problema independiente de aquel, y puramente político, y en el cual tal vez coincidirían con los *americanizantes*, sino en todo, en algunos puntos, quienes, sin serlo, crean desacertadas o inconvenientes las condiciones en que algunos españoles intervienen en la política cubana; si el debate se estableciese únicamente sobre ideas y se redujese á su objeto, sin desviar de él, y se profundizase en el exámen de aquellas hasta llegar a precisarlas y concretarlas, tal vez se advertiría que no es tan grande como parece la oposición entre los contendientes; tal vez resultaría

más aparente que real, tal vez podría resolverse en una fecunda inteligencia. Porque, en verdad, no resistida por los *hispanizantes* la influencia espiritual angloamericana; no siendo su empeño el de conservar incólume cuanto queda del pasado, el problema podría acaso reducirse á una mera determinación de la extensión y el grado de aquella influencia. Y tal vez no sería imposible que, precisando y concretando, se entendiesen en el terreno de las ideas los que hoy disputan en el de los sentimientos.

Sea como fuere, el problema está planteado en la realidad de la vida por los hechos. Y planteado en la realidad, están actuando continuamente en ella, en opuestas direcciones, las opuestas tendencias. Pero como raras veces se considera directamente el problema en los debates que éstas sostienen, y de él y de las ideas distraen la atención los apasionamientos, que reducen las discusiones a menudos incidentes o mútuas invectivas, se oscurece su trascendencia y se dificulta su acertada solución.

Iguales efectos derivan de otra circunstancia; del error en que se cae a menudo al confundir el problema con el que algunos creen ver en la supuesta oposición entre las aspiraciones y tendencias que expresan los términos Pan-hispanismo y Pan-americanismo, entendido el último en el sentido propio del americanismo, que á toda la América comprende.

Para muchos el que en Cuba se llama hispanismo es un aspecto del Pan-hispanismo y un aspecto del Pan-americanismo el que, con referencia á los Estados Unidos, se llama impropriamente *americanismo*, y de que he tratado hasta aquí, dándole también este nombre y que en adelante, para mayor claridad, seguiré llamando angloamericanismo. Pero si entre el hispanismo y el Pan-hispanismo hay, ciertamente, verdadera concordancia, ya en los sentimientos y las ideas, ya en el carácter,—psicológico ó espiritual,—del fin que persiguen, no la hay entre el anglo americanismo y el Pan-americanismo rectamente entendido y sinceramente profesado. La oposición entre el hispanismo y el anglo americanismo en Cuba es un problema local, un problema cubano de orientación espiritual y ajeno á toda relación política de Cuba con otras naciones, mientras que el Pan-americanismo y el Pan-hispanismo, en cambio, se refieren á problemas generales, común el uno á toda la América en todas sus naciones y razas y de carácter y fines políticos, y relativo el otro a la América española, y de carácter y fines ajenos a todo intento de conexión política.

No dejará de producir el Pan-americanismo, llevado a plena realización, una recíproca influencia espiritual entre las naciones americanas, y mayor sería probablemente la de los Estados Unidos sobre las demás que la de éstas sobre aquéllos; pero este sería un efecto secundario y ajeno al fin político directo y principal que persigue el Pan-americanismo.

Difiriendo del Pan-germanismo, del Pan-eslavismo, de todos los movimientos dirigidos a unir con fines políticos a todos los pueblos que pertenezcan a una raza, enfrente de otras, el Pan-americanismo, cual lo han definido sus principales sostenedores de ambas Américas, es una tendencia política dirigida a establecer estrecha intimidad en el orden político entre todas las naciones americanas, sin distinción de razas, con el fin de asegurar su independencia ante el viejo Continente, de consolidar la libertad política y el gobierno democrático, de mantener la paz, la igualdad y la fácil y frecuente comunicación de productos y de ideas entre aquellas, y de completar la elaboración de un Derecho público americano, en muchos puntos distinto del de Europa. Al Pan-americanismo no es, pues, contrario el Pan-hispanismo, que no tiene finalidad política y no aspira a crear lazos políticos de ninguna clase entre España y sus antiguas colonias, sino a estrechar, en la intimidad de los afectos, las relaciones espirituales entre una y otras.

Pero el Pan-americanismo aspira también a aumentar las relaciones mercantiles entre los pueblos de América, y por consiguiente entre las Repúblicas latinas y los Estados Unidos, que a tal punto dan gran importancia y tienen en él gran interés; y el Pan-hispanismo a aumentarlas entre aquellas y la antigua Metrópoli. Tienen, pues, también carácter económico, el Pan-hispanismo y el Pan-americanismo, y en este orden pueden considerarse como opuestas, en lo que se refiere a los intereses de España y de los Estados Unidos, una y otra aspiración. Pero sólo lo son para estas dos naciones; para las Repúblicas latinas no hay tal oposición, porque a la par les interesan las relaciones mercantiles con ambas y con las demás naciones. La competencia existirá entre aquellas dos; no entre las hispano americanas, ni entre aquellas y estas. Y por esto son muchos los que a la par abrigan y alientan ambas aspiraciones y a ambas consagran simpatías y esfuerzos.

Es más; lejos de haber oposición entre el Pan-hispanismo y el Pan-americanismo, sólo mediante aquel podrá llegar éste a

cumplida realización. Divididas en muchas repúblicas los pueblos hispanos de América, frente a la única república anglosajona, sólo el espíritu común, que de España deriva, podrá dar a aquellos la unidad y energía necesarias para evitar que se distingan tanto unos y otros en el correr de los tiempos, que llegaren a distanciarse y considerarse como extraños, con detrimento de la raza común, y por consiguiente de todos sus miembros, y con detrimento del fin que persigue el Pan-americanismo. La intimidad política americana supone y requiere, para que sea posible, la unidad espiritual de cada una de las dos grandes razas que han de realizarla, y la de las naciones de origen hispano sólo es posible bajo el común espíritu que de España heredaron.

Pero no puedo extenderme más. Sería abusar de MERCURIO tomar mayor espacio en sus páginas, y no pretendo en este momento resolver los problemas a que me refiero, ni siquiera ahondar en ellos, sino fijar sus términos. Quede para otra ocasión el detenido estudio que reclaman y merecen.

ELISEO GIBERGA.

Habana, 27 de agosto de 1911.

